

El Ejército Revolucionario del Pueblo en Morazán: la hegemonía dentro de la revolución salvadoreña*

Leigh Binford

*Una guerra es un experiencia cruenta en la cual
uno no puede salir con las manos limpias a menos
que no haga nada...*

Mauricio Chávez,
antiguo comandante de las FPL,
actual director de CEPAZ,
Centro de Paz.

Resumen

En este artículo, el autor intenta mostrar cómo abordar las relaciones entre guerrilla y civiles, basando el análisis en dos conceptos: campos de poder y hegemonía. Su análisis lo enfoca en el norte de Morazán, en El Salvador, área controlada por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), una de las cinco organizaciones político-militares que formaron el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional o FMLN. Para optimizar su posición en el campo del poder político-militar y disputar ese campo con las Fuerzas Armadas de El Salvador, los líderes de este ejército guerrillero debieron emprender un proceso doble de construcción de hegemonía, donde el ejercicio de la misma sobre los civiles demandaba que los líderes del ERP la profundizaran también entre los combatientes guerrilleros.

* Traducción hecha por Ricardo Roque Baldovinos.

En su libro *Between Two Armies in the Ixil towns of Guatemala (Entre dos ejércitos en los pueblos Ixil de Guatemala)*, David Stoll propone una interpretación de la historia guatemalteca donde divide la responsabilidad de las masacres de la región Ixil, a principios de la década de 1980, entre el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y las tropas del ejército nacional, responsable de operativos de tierra arrasada. A partir de una crítica de la ingenuidad y el sesgo pro-guerrillero de los grupos de defensa de los derechos humanos (y restándoles, de esta manera, credibilidad), Stoll sostiene que el área Ixil había permanecido al margen del conflicto hasta que el EGP apareció en escena y “provocó” al Estado, el cual respondió con represión y forzó a los campesinos, hasta entonces neutrales, a tomar partido: “A juzgar por sus historias, la principal razón por la que los Ixiles se comprometieron con las guerrillas fue la coerción creada por los golpes y contragolpes de dos fuerzas militares, un dilema que los nebafeños describen usualmente como estar *entre dos fuegos*... Cabe concluir que, sólo porque un movimiento insurgente crece con gran celeridad, no significa que este represente aspiraciones populares o que tenga una amplia base de apoyo” (1992, p. 20, c.f., p. 91)¹.

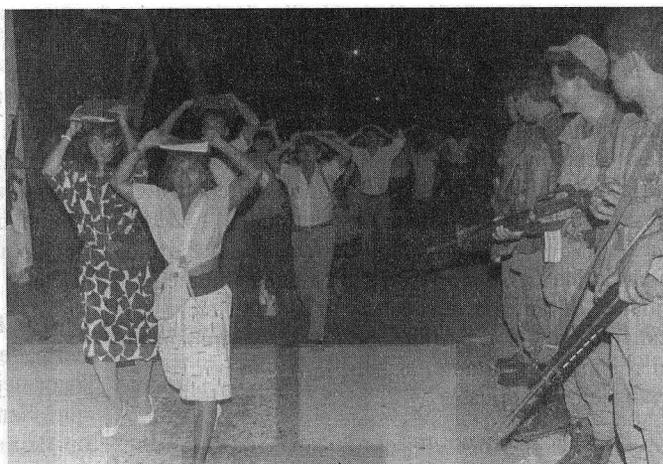
Simpatizo con el esfuerzo de Stoll de contrarrestar aquellos análisis que pintan el mundo en blanco y negro, donde los gobiernos latinoamericanos aparecen como incapaces de obrar bien y los revolucionarios, como infalibles. Si, de hecho, este esfuerzo por matizar los procesos fuera lo esencial de su argumento, no vería mayores objeciones que plantear. Sin embargo, al repartir por igual la responsabilidad de las masacres entre revolucionarios que luchaban por cambiar un sistema económico injusto y militares que mataban a millares de civiles inocentes para defenderlo, Stoll

produce una obra de revisionismo histórico que al final se presta para desacreditar a cualquier movimiento armado que pugne por el cambio social. Porque una consecuencia lógica, aunque no formulada, de este razonamiento es que todo *movimiento de masas* que pretenda alterar el balance de poder, debe desarrollarse *abiertamente* en la sociedad civil y ganar apoyo a través de la acción pacífica (no violenta), antes de tomar las armas como una respuesta desesperada ante la violencia *injustificada* del Estado. En la práctica, pocos de los estados neocoloniales contemporáneos han permitido la formación abierta de movimientos de contestación de esa índole. Haciendo valer su proclamado monopolio del uso legítimo de la fuerza, los estados sistemáticamente han reprimido y forzado a la clandestinidad a los movimientos de oposición y a sus líderes, mucho antes de que pudieran obtener el apoyo mayoritario que Stoll sugiere que puede justificar su recurso a la fuerza.

Aparte de numerosas dudas de orden metodológico que tengo sobre la obra de Stoll, me parece que su principal defecto consiste en una falta de visión estratégica, en una incapacidad para analizar la situación de Guatemala y el papel específico del Ejército Guerrillero de los Pobres y de la zona Ixil, dentro de un campo social mucho más amplio y complejo. En las páginas siguientes, intentaré mostrar cómo abordar fructíferamente las relaciones entre guerrilla y civiles, basando el análisis en dos conceptos: campos de poder y hegemonía. Enfocaré mi análisis, sin embargo, no en la región Ixil de Guatemala, sino en el norte de Morazán, en El Salvador, área controlada —entre 1983 y 1992— por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), una de las cinco organizaciones político-militares que formaron el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional o FMLN².

1. Mis agradecimientos a John Holloway, Sergio Tischler, Julie Cottle y Nancy Churchill, como también a John Hammond, Mark Edelman y Lynn Stepher por sus útiles críticas y sugerencias. Adam Host me hospedó durante una corta visita a El Salvador, en junio de 1998, durante la cual pude recoger materiales y fortalecer algunas secciones. Este trabajo fue hecho a partir de una investigación de campo llevada a cabo durante veinte meses, entre junio de 1991 y enero de 1996. El apoyo financiero fue proporcionado por la University of Connecticut Research Foundation (1992, 1994) y por un fondo de Fulbright-Hays (1994-95). El presente trabajo fue redactado en Puebla, México, en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, donde fui apoyado por el Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología (CONACYT), durante 1997 y 1998. Agradezco también a Roxanna Duntley, Phyllis Robinson, Shelli McMillan, Samuel Vidal Guzmán y Jacinto Márquez por su trabajo en el proyecto.
2. El FMLN se formó en octubre de 1980, como una coalición de cinco organizaciones político-militares. Aparte del ERP estaban también las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), la Resistencia Nacional (RN), el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC).

Fundamentalmente sostendré que, en aquellas áreas donde ejerció control cotidiano, el Ejército Revolucionario del Pueblo tuvo que lidiar con una población civil heterogénea en edad, género y orientación política. Aunque los guerrilleros funcionaban como un cuasi-estado y ejercían el dominio por la fuerza cuando era necesario, el logro de sus objetivos estratégicos, cuando no su propia sobrevivencia, dependió de la implementación de un esquema de hegemonía sobre los civiles, que proporcionaba combatientes, comida, trabajo y otras formas de colaboración cruciales para la lucha. Sin embargo, también sostendré que esta hegemonía dependió del



ejercicio de otra, por parte de los líderes del Ejército Revolucionario del Pueblo sobre las tropas rebeldes y el personal de apoyo. Aun cuando la incorporación al ERP era voluntaria, dicha hegemonía no podía darse por sentada, sino que debía crearse, o bien profundizarse allí donde ya existía. En resumen, para optimizar su posición en el campo del poder político-militar (ver más adelante) del norte de Morazán y disputar ese campo con las Fuerzas Armadas de El Salvador, los líderes del Ejército Revolucionario del Pueblo debieron emprender, en determinado momento del conflicto, un proceso doble de construcción de hegemonía, donde el ejercicio de la misma sobre los civiles demandaba que los líderes del ERP la profundizaran también entre los combatientes guerrilleros.

Diferenciación al interior de la revolución

Después de la decadencia del añil, durante el siglo XIX, el norte de Morazán se convirtió en el patio trasero de la economía nacional y no tuvo prioridad para el Estado salvadoreño. Ello explica, al menos en parte, la crónica deficiencia infraestructural en términos de carreteras, salud y educación. La naturaleza accidentada del territorio y la pobreza de los suelos no favorecieron la producción, a gran escala, de café, algodón o caña de azúcar, bases de la economía agroexportadora del país al finalizar la Segunda Guerra Mundial (Williams, 1986)³. La tierra del norte de Morazán se fraccio-

no, pues, en centenares de pequeñas propiedades (y unas cuantas grandes) dedicadas al cultivo de granos básicos o a la ganadería a pequeña escala, así como a la extracción de fibra de henequén o de madera (en las zonas de mayor altitud). Además, después de la Segunda Guerra, comenzó a tener importancia para la economía local el trabajo temporal de jornaleros, que se desplazaban hacia las plantaciones de la zona costera y de la cordillera central. Los gobernantes de turno vieron pocas razones para invertir en infraestructura y servicios. En 1970, Morazán rivalizaba con Chalatenango en cuanto a ser el departamento con *menor* acceso a electricidad, educación y servicios de salud pública; en tener la *peor calidad* de vivienda y las peores carreteras (El Salvador, Ministerio de Economía, 1974). De acuerdo con el censo nacional de 1971, sólo 17 de más de 156 000 residentes, en todo el departamento, había obtenido algún tipo de educación más allá de la secundaria (El Salvador, Ministerio de Economía, 1974, p. 260). En su libro *El Salvador, la tierra y el hombre*, David Browning incluyó a Morazán dentro de lo que llamó "tierra olvidada".

Durante la mayor parte del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el norte de Morazán fue un bastión (a menudo bastante pasivo) del oficialista Partido de Conciliación Nacional (PCN), estrecho aliado de la Fuerza Armada de El Salvador (Baloyra, 1982). En esta zona social y econó-

3. El área aledaña a Perquín, situada a más de mil metros sobre el nivel del mar, es la excepción singular. Allí coexisten pequeñas plantaciones de café dominadas por las familias Umaña, Gómez y Ventura, al lado de extensos pinares.

micamente marginada, el desarrollo de los partidos políticos era mínimo y la Policía de Hacienda y la Guardia Nacional, que mantenían pequeños puestos permanentes en la mayor parte de las sedes municipales, controlaba de cerca las elecciones. Con importantes excepciones —como la victoria obtenida por el PAR (Partido de Acción Renovadora) en la alcaldía de Jocoaitique en la década de 1950⁴ y la formación de filiales del Partido Demócrata Cristiano (PDC), en algunas municipalidades durante la década de 1970—, el clero local, más que los partidos políticos, desempeñaba el rol más importante, si bien indirecto, en la socialización política.

La educación política progresista de los campesinos de Morazán vino como resultado del Concilio Vaticano Segundo (1962-1967) y de la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín, Colombia, en 1968. Grupos que se encontraban dentro de la iglesia católica salvadoreña, posterior a la “teología de la liberación”, comenzaron a poner en práctica “la opción preferencial por los pobres”, que legitimaba las luchas por mayores salarios, mejores condiciones de trabajo y una reforma agraria. Consecuencia de esto fue la creación de Centros de Formación Campesina en cada una de las cinco diócesis del país (Richard y Meléndez, 1982).

La mayor parte de los escritos sobre teología de la liberación en El Salvador se han enfocado en la obra de José Inocencio Alas y Rutilio Grande, en las arquidiócesis de San Salvador, donde gozaban del apoyo de un arzobispo progresista como Luis Chávez y González, quien encabezó la sede

episcopal de 1939 a 1977. Pero, a nivel nacional, los Centros de Formación Campesina desarrollaron una función importante “en difundir ideas pastorales y sociales progresistas fuera de la arquidiócesis de San Salvador, ya que la mayor parte de las otras diócesis tenían obispos conservadores que impedían a los agentes pastorales formar Comunidades Eclesiales de Base (CEB) u otros proyectos a nivel parroquial” (Peterson, 1997, p. 56; Richard y Meléndez, 1982, pp. 61, 72-74)⁵.

Por lo general, los catequistas campesinos del norte de Morazán asistían el Centro Reino de la Paz (mejor conocido como El Castaño) en Chirilagua, San Miguel, donde adquirían experiencia en oratoria y técnicas de organización, y aprendían a interpretar la pobreza y la marginación en el contexto de la Biblia (Peterson, 1997, pp. 55-58). Muchos catequistas de la actualidad y de antaño utilizan términos como “despertar” o “renacer” para describir sus experiencias en los centros y explican cómo regresaron al norte de Morazán, deseosos de compartir su nuevo saber⁶. Sin embargo, el padre Andrés Argueta, el párroco conservador de Jocoaitique que los habían enviado para formarse como catequistas siguiendo órdenes de su superior, se las ingeniaba para mantener la política progresista fuera de la práctica de la iglesia, y ejerció autoridad para suprimir el mensaje liberador por muchos años.

En 1973, esto cambió cuando Miguel Ventura se hizo cargo de la nueva parroquia de Torola; un sacerdote, joven, radical y de extracción campesina, formado en el Seminario San José de la Montaña de San Salvador. La nueva demarcación pa-

4. Este rechazo del partido dominante se debió, en gran parte, al liderazgo de Doré Castro, un populista acomodado e ilustrado, quien fue el primer originario del norte de Morazán en servir como gobernador departamental. Muchos habitantes del municipio de Jocoaitique llegaron a verse como rebeldes políticos, lo que fue beneficioso para el ERP cuando se comenzó a organizar en la región, a mediados de la década de 1970. El caserío de Santa Anita (llamado “El Centro”) se convirtió en un foco temprano e importante de reclutamiento del ERP, y muchas personas importantes de la sede municipal de Jocoaitique (una enfermera, un maestro de escuela y el telegrafista) ayudaron a los rebeldes poniendo sus vidas en peligro, y a veces perdiéndola.
5. Un ejemplo excelente del material didáctico distribuido en las escuelas es “Conozcamos nuestra patria”, editado por los Centros Rurales de la Iglesia en El Salvador (1974). Largas secciones de este panfleto de ochenta páginas tratan de la historia y del desarrollo económico-social de El Salvador, así también como de la geografía física y humana de la nación. El capítulo más largo (capítulo V) trata de “Los medios de producción” con secciones dedicadas a la tierra, el capital, el trabajo, la industria y el comercio. El capítulo V es seguido de una “reflexión”, en la cual se arrojan al lector preguntas, tales como: “¿Crees tú que la tenencia de la tierra es justa?”, y “¿Cuál sería para ti la solución de la injusta tenencia de la tierra?” (1974, p. 76).
6. Por ejemplo, Samuel Vidal Guzmán, Fabio Argueta y Abraham Argueta discutieron El Castaño en estos términos, durante entrevistas realizadas en 1994 y 1995.

roquial debilitó los dominios de Argueta, ya que a esta nueva parroquia se le asignaron los municipios de la Villa El Rosario, Torola y San Fernando. Ventura dirigió y apoyó el trabajo de los catequistas y aumentó de tamaño sus filas al enviar más campesinos a El Castaño y otros centros de formación. Contra la preocupación única de Argueta en el crecimiento espiritual, Ventura promovió un discurso de desarrollo integral de la persona, elemento clave en la doctrina de la Teología de la Liberación. Ventura visitó las comunidades más remotas, donde su carácter amigable, su humildad y su negativa a cobrar por misas, bautizos y bodas lo distinguió de su predecesor. La Guardia Nacional comenzó a vigilar estas actividades “peligrosas” de la Iglesia, y el padre Argueta denunció a Ventura desde el púlpito de Jocoaitique.

En 1975, Ventura fue transferido a la parroquia de Osicala, situada al sur del río Torola y, en 1977, luego de un enfrentamiento armado entre el Ejército Revolucionario del Pueblo y el ejército salvadoreño en Osicala, fue capturado por la Guardia Nacional, cruelmente torturado y obligado a exiliarse cuando fue puesto en libertad⁷. El catolicismo progresista, en el norte de Morazán, poseía en ese entonces una sólida base social pero, debido a la ausencia de su líder y a la creciente represión estatal, nunca llegó a desarrollarse en todo su potencial. Después de que Ventura abandonó la región, muchos católicos progresistas, entre ellos varios de los catequistas más dinámicos, se unieron a los Comités Militares del ERP, iniciados en 1975, y comenzaron a prepararse para la guerra civil predicha por el fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo, Rafael Arce Zablah⁸.

De 1975 a 1980, el “Chele César” (Santo Lino Ramírez) y “Balta” (Juan Ramón Medrano) —el primero, entrenador militar del Ejército Revolucionario del Pueblo, y el segundo, organizador po-

lítico— viajaron periódicamente al norte de Morazán desde San Miguel (Medrano y Raudales, 1994). De día se hacían pasar por negociantes de ganado, pero por la noche impartían entrenamiento militar y orientación política a los comités militares de toda la zona. En 1978, dicho ejército guerrillero formó las Ligas Populares 28 de febrero (LP-28), una organización abierta de masas que servía de base de reclutamiento para los comités militares clandestinos y como grupo de presión contra el gobierno. Así, los miembros de esta organización de masas eran transportados con frecuencia en camiones a San Miguel, San Salvador u otras ciudades, donde ocupaban iglesias y oficinas de gobierno, y hacían manifestaciones junto a otras organizaciones populares para protestar contra las políticas de gobierno y las violaciones a los derechos humanos. Mientras estas acciones tenían lugar, los campesinos del norte de Morazán eran el blanco de violentas represalias por parte del ejército y las fuerzas de seguridad. Algunos, incluso, murieron cuando las tropas gubernamentales abrieron fuego contra manifestantes. A menudo, los sobrevivientes regresaban al norte de Morazán con una concepción diferente del Estado salvadoreño, la cual compartían con amigos y familiares en reuniones privadas o, en muchas ocasiones y con todo el riesgo que ello implicaba, en mítines abiertos en las plazas de los pueblos.

Todo lo anterior es el esbozo del proceso a través del cual la represión estatal forzó a un proyecto contrahegemónico, promovido por sectores de la Iglesia católica, a la clandestinidad y llevó a los campesinos partícipes a unirse al movimiento revolucionario armado. La teología de la liberación no propugnaba, para la mayoría de sus practicantes, la toma del poder, sino que desmitificaba las explicaciones sobrenaturales sobre el origen de la riqueza y el poder. Desafiar al ala conservadora de la Iglesia católica en El Salvador rural conllevaba

7. Ventura regresó clandestinamente al norte de Morazán, en 1982, y sirvió a civiles y combatientes del FMLN en los restantes años de la guerra.
8. He simplificado una relación que fue, en realidad, bastante compleja. Un antiguo catequista relató que Ventura arregló el primer encuentro entre Arce Zablah y los cristianos del movimiento de comunidades de base por petición de catequistas preocupados por la creciente vigilancia y acoso de las fuerzas de seguridad y de la paramilitar Organización Democrática Nacionalista (ORDEN). Al igual que muchos líderes del Ejército Revolucionario del Pueblo, Arce Zablah había sido, en algún momento, miembro de la juventud estudiante cristiana progresista (Alegría y Flakoll, 1983, p. 26). Aparentemente mantenía vínculos con la Iglesia Católica luego de la formación del ERP, en 1971, ya que su primer encuentro con los catequistas de Morazán tuvo lugar en abril de 1974, en un convento de Los Planes de Renderos, en San Salvador (Binford, s.f., Cap. 4).

desafiar la débil hegemonía ejercida por el Estado, dado el rol histórico de la Iglesia en la socialización política. Sin embargo, mucha gente en el norte de Morazán, que a la larga se habría inspirado en el proyecto liberador y habría adoptado tanto sus términos discursivos para interpretar su mundo social y asumido sus actividades concretas, se vio intimidada por la propaganda gubernamental, las amenazas y la represión dirigida contra las creencias, las actividades y los integrantes de la Iglesia católica progresista. A mi parecer, esta historia de la organización cristiana, atenuada por la represión estatal, da cuenta del terreno político tan heterogéneo sobre el que el Ejército Revolucionario del Pueblo debió ejercer su autoridad diaria, desde 1983 hasta enero de 1992⁹.

Carmen Mercedes Letona (“Comandante Luisa”), quien durante gran parte de la guerra lideró la

sección política del Ejército Revolucionario del Pueblo, en el norte de Morazán, mostró una aguda comprensión de la situación cuando dividió a los civiles entre el viejo contingente de los partidarios del FMLN y los “atrasados”, contingente que “ha acumulado algunos resentimientos resultado de su propia situación”. Añadía que “porque no ha tenido una práctica política concreta que eleve sus niveles de conciencia, su vida ha sido esconderse y huir [del ejército]” (FMLN, 1987, p.

23)¹⁰. Mucho del “viejo contingente” se había formado en la teología de la liberación, diseminada por Miguel Ventura y docenas de catequistas campesinos, mientras que los “atrasados” fueron los objetos principales del proyecto contrahegemónico del Ejército Revolucionario del Pueblo que analizaremos a continuación (CEBES, s.f., p. 24).

9. La Iglesia no era la única estación en la ruta hacia la revolución. Muchos de los informantes de esta investigación se radicalizaron al darse cuenta del maltrato recibido al trabajar como jornaleros en las plantaciones, o como empleadas domésticas en las colonias San Benito y Escalón. Otro me refirió cómo su mapa interno del mundo fue redibujado por las transmisiones en onda corta de Radio Habana. Un extenso debate se ha dado acerca de cuáles grupos rurales son más proclives a transformarse en revolucionarios: los proletarios rurales, los semiproletarios o los pequeños propietarios en crisis (Wolf, 1969; Wickham-Crowley, 1992; Paige, 1975). En el único estudio etnográfico de la política rural antes de la guerra, Cabarrús (1983, pp. 183-186), quien trabajó en las áreas rurales de Aguilares y El Paisnal, encontró que los semiproletarios era más propensos que los proletarios rurales o los pequeños propietarios a comprometerse políticamente e incorporarse a las organizaciones revolucionarias. No puedo tratar la situación de Morazán en detalle, pero he de hacer notar que puesto que asistir a los centros gratuitos de capacitación campesina suponía un margen de ahorros del cual no disponían generalmente los sin tierra o los minifundistas, la mayoría de los catequistas campesinos provenían de los sectores medios del campesinado. Mi principal argumento en esta sección es que la represión estatal contuvo una radicalización de los cristianos de base que, al considerar sus éxitos tempranos, tenía visos de crecimiento continuo.
10. Carmen Mercedes Letona no está listada como la autora de la obra citada, publicada por el FMLN en 1987, pero le ha sido atribuida por varios informantes que detentaron puestos de alto rango en el ERP. Lo mismo se dijo del frecuentemente mencionado “Dios en Morazán” de CEBES. Por ejemplo, hablando del período entre mediados de 1983 y mediados de 1985, los autores sostienen: “A pesar de que el ejército realizaba incursiones en la zona, en la mayoría de las veces constituían actividades para aterrorizar a la población. Seguían con las políticas de tierra arrasada, la destrucción de casas y cultivos, y capturas y asesinatos contra la población. Todo eso encaminaba a desesperar a la población, para que abandonara sus lugares de origen. La guerra, con su secuela de destrucción, terror y muerte, había desarrollado en la conciencia de la población dos aspectos: por un lado, una conciencia de terror y por otro, el prejuicio contra el proceso revolucionario” (s.f., p. 18, ver también las páginas 20, 23, 25-26).

Hegemonía y campos de poder

Será de utilidad, para situar temporal y espacialmente este proyecto, concebir al norte de Morazán como un “campo de poder”, para usar el término de William Roseberry (1994), ubicado casi al fondo de una serie de campos de poder interconectados y ordenados jerárquicamente. Mi análisis está en deuda con las investigaciones de Pierre Bourdieu sobre los campos intelectuales, educativos, religiosos y económicos como componentes semi-autónomos de un campo social englobante de poder. Para Bourdieu, cada campo es un escenario social donde los actores ocupan “posiciones”, están dotados de diferentes cantidades y formas de “capital” (económico, cultural y/o simbólico) y luchan entre sí para optimizar sus posiciones dentro del campo (es decir, para obtener más capital) o para cambiar las reglas del campo o límites del mismo (Bourdieu, 1988, 1990a, 1990b; Robbins, 1991)¹¹. Las reglas que gobiernan las luchas en los campos sociales tienden a inclinarse en favor de los grupos dominantes, como resultado de sus victorias en contiendas anteriores. Bourdieu tiende a enfocar su análisis en campos específicos, como los campos sociales intelectuales, artísticos y económicos en Francia.

Por mi parte, estoy más interesado en interconectar procesos locales, regionales y globales en campos jerarquizados, tal como lo han hecho Eric Wolf (1982), Sidney Mintz (1985) o, más recientemente, Florencia Mallon (1995). Para este propósito, sostendré que el campo de poder político-militar en el norte de Morazán era parte y estaba consecuentemente afectado por las políticas del gobierno norteamericano y hasta por la población civil de Estados Unidos, en la medida en que la población de este país (o, mejor dicho, sectores de esta) presionaba a las ramas ejecutivas y legislativas para reducir o eliminar la ayuda militar a El Salvador. J. Michael Waller (1991) manifestó una curiosa conciencia de esto cuando llamó al movimiento norteamericano, en solidaridad con las luchas centroamericanas, “el frente norteamericano de la guerra de guerrillas de El Salvador”. Sin embargo, Waller trató este frente norteamericano de



una manera simplista, como parte de una conspiración global revolucionaria y no como producto de una ruptura parcial, dentro del escenario norteamericano, de la hegemonía imperial (para un análisis alternativo, ver Smith, 1996). Quiero llegar al punto en que necesitaremos basar nuestros análisis de campos de poder locales y regionales en contextos más amplios a nivel nacional, internacional y hasta global, aun cuando nuestro foco de interés sean situaciones locales y regionales.

Otro concepto clave para Bourdieu —de gran utilidad para pensar los campos sociales de poder— es el de *habitus*. El *habitus* consiste en las estructuras mentales que toman la forma de “disposiciones perdurables”. Estas estructuras son inculcadas socialmente, en especial durante los primeros años de vida de los actores, y los predisponen a seleccionar o inventar estrategias operativas (económicas, conyugales, de consumo, etc.) congruentes con sus posiciones en los campos sociales en los que el *habitus* se ha formado (Bourdieu, 1977, pp. 85-86). Obreros y patrones, campesinos y hacendados verán el mundo de manera diferente, ya que sus visiones sobre el mundo representan la forma estructurada de diversas (y antagónicas) experiencias de clase. Sin embargo, dado que el grupo dominante ejerce más influencia en estructurar históricamente el campo en el que los grupos subordinados se forman y en el cual deben operar, los hábitos de estos últimos necesariamente internalizarán rasgos de esta dominación. Su posición

11. La teoría de Bourdieu apunta metodológicamente hacia importantes relaciones, aun cuando algunos conceptos, como “capital simbólico”, abiertamente simplifican sus análisis (Free, 1996).

subordinada es, después de todo, un hecho objetivo dentro del cual han sido constituidos y con el cual deben lidiar día a día. Los *habitus* pueden ayudarnos a entender la manera en que las luchas adquieren sentido para sus participantes, aun cuando estos se encuentren constreñidos por el accionar histórico del grupo dominante, es decir, que dicta las reglas (Willis, 1977) porque perfila conceptualmente los límites de lo asumido (ortodoxia), lo discutible (heterodoxia) y lo impronunciable o impensable (doxa). Aunque no lo hizo así, William Roseberry (1994, pp. 360-61) pudo haber recurrido a Bourdieu al definir la hegemonía como la manera en que “palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos usados por las poblaciones subordinadas para hablar, comprender, confrontar y acomodarse —o bien resistir— a la dominación son conformados por el proceso de dominación mismo”. Roseberry opina que “lo que la hegemonía construye... no es una ideología compartida, sino un marco conceptual y material común para vivir, hablar y actuar en órdenes sociales caracterizados por la dominación”. Esto es —a mi parecer— precisamente a donde intenta llegar Bourdieu. Tanto éste último como Roseberry apuntan a que la dominación hegemónica no termina con la victoria revolucionaria, sino que persiste en el período revolucionario como una presencia residual, derivada de las condiciones objetivas de dominación bajo las que se forman tanto los sujetos revolucionarios como los no revolucionarios.

Estrategias militares y campos de poder en el norte de Morazán

En este apartado analizaremos el campo del poder político-económico del norte de Morazán, en tiempos de guerra, trayendo a cuenta —sólo cuando sea necesario— aquellos campos sociales

de poder en los que la región se encontraba inserta, aunque manteniendo una posición de autonomía relativa derivada de sus relaciones sociales internas y de su historia específica¹². Este campo de poder se reconfiguró cuatro veces, a mediados de la década de 1970 y 1992. Tomándonos algunas libertades con la cronología del FMLN (FMLN s.f.a), estos períodos pueden definirse así: (1) los años de actividad clandestina (previos a 1980); (2) la resistencia activa (1980-82); (3) la iniciativa militar (a mediados de 1982 y 1983); y (4) el control guerrillero acentuado (1984-1992). Este último es conveniente dividirlo en dos subperíodos: (a) el lapso que comprende entre 1984-1989; y (b) el período que comprende entre 1990-1992, siendo la línea divisoria la repatriación —que tuvo lugar entre noviembre de 1989 y marzo de 1990— de 8 500 refugiados de Morazán, desde el campamento auspiciado por Naciones Unidas, en las cercanías de Colomoncagua, Honduras, hasta Meanguera, Morazán¹³. Los campos de poder regionales se reconfiguraron en cada período sobre la base de los resultados de las pugnas en los períodos anteriores, tanto en el norte de Morazán como en campos de poder más amplios.

Por ejemplo, entre 1980 y 1982, la fuerza armada perpetró numerosas masacres civiles con el objeto de “desechar el mar de civiles” y aislar a la guerrilla (Binford, 1997, pp. 171-177). Esta estrategia respondió, en parte, a los fracasos previos de ORDEN, la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda para contener la movilización política de los campesinos. El Ejército Revolucionario del Pueblo respondió a las operaciones militares gubernamentales de gran escala con un plan de combate principalmente defensivo (“resistencia activa”, donde el lema era “resistir, desarrollarnos y avanzar”), con el fin de evitar la aniquilación (FMLN, s.f.a, p. 20). Al menos un sesenta por

12. No quiero insinuar que existió un campo de poder único y uniforme, en el norte de Morazán, durante la guerra civil. Antes bien, los campos de poder son múltiples y se entrecruzan. El enfoque del autor es en las fuerzas principales que definieron el conflicto militar entre la FAES y el FMLN (en este caso, el ERP). Por ejemplo, sería posible, de hecho deseable, analizar lo que podríamos llamar un campo de género definido por las relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Discutiremos estas relaciones brevemente en una sección posterior, pero aquí señalaremos que merecen un análisis más detallado y riguroso. Vázquez *et al.* (1996) han dado un paso en firme en el desarrollo de este análisis en su estudio pionero *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*.
13. El FMLN se refirió al cuarto período como “La Guerra Revolucionaria de todo el Pueblo” (FMLN, s.f.a., p. 31). Al substituir “El período de control acentuado del ERP”, empleó una etiqueta elaborada más a partir de referentes regionales e históricos que nacionales y estratégicos.

ciento de la población que habitaba la región antes de la guerra civil abandonó la zona o buscó refugio en las cabeceras municipales, donde soldados y miembros de los cuerpos de seguridad los presionaban para formar patrullas de Defensa Civil. Durante este período, la lucha militar tomó prioridad en ambos bandos, al menos a nivel regional.

El Ejército Revolucionario del Pueblo emprendió una contraofensiva (fase de "iniciativa militar"), en junio de 1982, y a finales de 1983 había eliminado todas las instalaciones militares y los cuerpos de seguridad del norte de Morazán, con lo cual reconfiguró el campo militar a su favor. Desde finales de 1983 hasta comienzos del año siguiente, el inicio del "Período de control acentuado del ERP", existió una situación de poder dual o de "soberanía múltiple". Pese a las dudas expresadas por Timothy Wickham-Crowley, de haber mantenido el FMLN su ofensiva militar habría obtenido, en ese entonces, una clara victoria, que muy probablemente habría sido seguida por una intervención militar directa de Estados Unidos¹⁴.

Sin embargo, hacia mediados de 1984, la ventana de la oportunidad fue cerrada por el gobierno norteamericano. George Bush visitó El Salvador, en diciembre de 1983, para advertir a los sectores militares y empresariales de la necesidad de reducir la represión urbana. Así, en junio de 1984, Napoleón Duarte fue electo presidente en lo que Edward Herman y Frank Broadhead (1984) cínica, pero adecuadamente, denominaron "elecciones de exhibición". Las elecciones, las primeras que tu-

vieron lugar en marzo de 1982 para formar una Asamblea Constituyente que nombró un presidente interino, fueron la excusa que buscaban los congresistas, tanto republicanos como demócratas, para ampliar la ayuda al gobierno salvadoreño y evitar ser culpados de "dejar perder" El Salvador al comunismo, como si el país hubiera sido de ellos para que lo perdieran. La ayuda militar y económica se incrementó de 25 millones de dólares, en 1980, a entre 500 y 600 millones, a mediados de esa década. El Salvador, un país del tamaño del estado de Massachusetts, se volvió uno de los mayores destinatarios de la ayuda militar norteamericana. Este dinero dio a los asesores norteamericanos la fuerza para convencer a sus protegidos salvadoreños de adoptar una estrategia de "guerra de baja intensidad", uno de los oxímoros más impactantes en la retórica del Departamento de Defensa (ver los artículos de Manwaring y Prisk, 1988).

En El Salvador, la guerra de baja intensidad combinaba el bombardeo de áreas rurales, los programas de acción cívico-militar, la defensa civil, las patrullas de reconocimiento en territorios controlados por la guerrilla y los ataques relámpago, realizados por fuerzas especiales helitransportadas, contra concentraciones guerrilleras del FMLN, localizadas por fuentes de inteligencia salvadoreñas y norteamericanas. Dicho en pocas palabras, el objetivo era, en primer lugar, expulsar a los guerrilleros de las zonas conflictivas, restaurar los servicios de gobierno e instituir patrullas civiles como primera línea de defensa; y, en segundo lugar, di-

14. Wickham-Crowley sostiene que "los regímenes colectivos militares", como el salvadoreño, "son especialmente fuertes de cara a las insurgencias", comparados a "los regímenes militares personalistas" como el de Somoza en Nicaragua o el de Batista en Cuba, los cuales con frecuencia sucumben ante las fuerzas guerrilleras que establecen alianzas interclasistas para deponer a los dictadores (1989, pp. 514-20). Wickham-Crowley concuerda también con el Che Guevara en que "uno no debe nunca tratar de comenzar una revolución contra un gobierno electo" haciendo notar que, como resultado de las elecciones legislativas de marzo de 1982, "la fuerza militar de la insurgencia... se debilitó a lo largo de la década, y los salvadoreños de manera consistente señalaron en entrevistas que deseaban que los funcionarios electos arreglasen la economía y asegurasen la paz" (514). Wickham-Crowley subestima la enorme inversión hecha por la administraciones de Reagan y Bush para mantener El Salvador como baluarte imperial. De manera interesante, en su libro *Guerrillas and Revolution in Latin America* (1992, pp. 68-65) limita su consideración del papel de la ayuda directa e indirecta de Estados Unidos a los militares latinoamericanos en la "primera oleada" de movimientos guerrilleros (1956-1970), y no logra retomar el tema al discutir la "segunda oleada" (a partir de 1970), relevante para entender el caso salvadoreño (especialmente en las páginas 287-292), ignorando el hecho de que tanto la estrategia militar del gobierno salvadoreño y su estrategia política (es decir elecciones) fueron diseñadas en Washington e impuesta como condición para continuar la asistencia militar y económica. Y en ningún lugar —ni en la primera ni en la segunda oleada— trata Wickham-Crowley la ayuda entregada a los regímenes derechistas centroamericanos por Corea del Sur, Taiwán, Argentina e Israel.

solventar las concentraciones de la guerrilla en sus áreas de resguardo para obligar a sus combatientes a mantenerse en continuo movimiento. En última instancia, los militares esperaban consolidar el control gubernamental en vastas áreas del país y acorralar a los rebeldes en las zonas montañosas de Chalatenango, Cabañas, San Miguel y Morazán, donde serían sujetos de acoso continuo y de una eliminación gradual. La estrategia dependía de la duplicación del tamaño del ejército, del incremento sustancial de la aviación y de la capacidad de transporte aéreo, todo ello financiado por la ayuda militar norteamericana (Schwarz, 1991; Byrne, 1996; FMLN, s.f.a).

El ejército norteamericano le apostó al conservadurismo social y político del campesinado y de los semiproletarios. Sin importar cuáles serían los efectos de la guerra y sus respuestas hacia ella, los moradores rurales se habían formado en "grupos sociales pre-existentes, cuya mentalidad, ideología y aspiraciones", según Gramsci, "conservan por algún tiempo" (parafraseado por Roseberry, 1994, p. 360). Los estrategas del Departamento de Defensa estadounidense razonaron que, aun si algunos civiles en zonas de guerra habían perdido confianza en el gobierno, continuarían interpretando sus realidades en los términos que este había promovido históricamente, razón por la cual fueron considerados como potencialmente recuperables por proyectos liberales¹⁵.

El gobierno norteamericano, a través de las fuerzas armadas salvadoreñas, re-escribió las reglas de la lucha social en el poder político-militar en el norte de Morazán y en el resto del territorio salvadoreño. De no haber ideado el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos del FMLN una contra-respuesta, invirtiendo los escasos recursos de

formas novedosas para contrarrestar la amenaza gubernamental, habrían podido perder la guerra hacia mediados o finales de la década de 1980. Los campamentos de amplias unidades, desde donde se lanzaron las batallas de 1982 y 1983, eran particularmente vulnerables a los ataques aéreos y las operaciones de cerco apoyadas por helicópteros¹⁶. Sin embargo, en 1986, la guerrilla había experimentado una transformación exitosa, en el sentido de cambiar de una guerra de posiciones (amplias unidades defendiendo territorio) a una guerra de movimiento (pequeñas unidades guerrilleras, operaciones de ataque y repliegue, sabotaje), la cual llegó a extenderse hasta regiones del territorio nacional que antes no habían sido escenario de acciones bélicas (Binford, 1997, pp. 243-

246; Mac Lean, 1987; Harnecker, 1993; pp. 252-274; Villalobos, 1986; Byrne, 1996). La guerra de movimiento redujo la efectividad de los bombardeos y eliminó los campamentos de gran tamaño, que habían sido los blancos iniciales de las operaciones aéreas.

Operaciones de ataque y repliegue, el emplazamiento estratégico de minas terrestres y el sabotaje a la economía y la infraestructura —combinado con algún ataque espectacular a una importante base militar— resultaron onerosas, tanto a los militares como a la burguesía nacional. La guerra civil significó un estancamiento de la economía nacional a lo largo de su duración, pese a una inversión norteamericana (ayuda militar y económica entre 1980 y 1992) que se calcula que ascendió a unos 6 mil millones de dólares (Schwarz, 1991, pp. 2-3).

El poder de doble cara

El FMLN propició la organización civil en zonas controladas y conflictivas como respuesta es-

... "el poder de doble cara" definía una sociología aplicada que tenía el objeto de incorporar, ideológica y conductualmente, a los campesinos renuentes (los "atrasados") al proceso revolucionario.

15. En otro lugar (Binford, 1997, pp. 245-246) comparó la estrategia militar salvadoreña con el modelo de B. F. Skinner de condicionamiento operante y llamo la atención sobre cómo los militares desestimaron el papel de la memoria histórica.
16. De acuerdo con Mauricio Chávez (Joaquín), antiguo comandante de las FPL, el FMLN alcanzó un punto bajo en 1985, cuando los bombardeos aéreos y las operaciones aerotransportadas causaron serios reveses a las fuerzas guerrilleras. Entrevista con Chávez, 20 de junio de 1998, San Salvador.

tratégica a la guerra de baja intensidad. En la política de “poder de doble cara”, el FMLN instruyó a los civiles a presentar una cara políticamente neutra (es decir, falsa) hacia las fuerzas gubernamentales, durante los operativos, y un rostro comprometido (verdadero) frente a las fuerzas guerrilleras a su regreso. Para reducir la posibilidad de represalias gubernamentales contra los civiles residentes en áreas conflictivas, el FMLN urgió a los civiles a cooperar con el ejército y a aceptar con agrado la asistencia material y no material de los programas de acción cívico-militar. Los civiles debían insistir en su neutralidad política —en el derecho a organizarse colectivamente para lidiar con problemas fundamentales derivados de la guerra y en el derecho a residir en zonas conflictivas, así como a resistir intentos de la FAES de trasladarlos a las ciudades o a los campos de desplazados.

El Che Guevara (1968 [orig. 1961], pp. 74-102) notó mucho antes que una población civil estable, simpatizante y organizada presentaba claras ventajas a las fuerzas revolucionarias. Este era, ciertamente, el caso en el norte de Morazán, donde entre estas ventajas se incluían no tener que proteger a los civiles durante los operativos de la FAES; protestar contra violaciones a los derechos humanos perpetradas por los militares, tales como capturas arbitrarias y torturas, que eran un componente regular de sus operativos en la zona; y regularizar la asistencia civil al esfuerzo bélico del FMLN, entregada abierta o de forma clandestina por sectores políticamente más comprometidos. Entre esta asistencia se pueden mencionar los alimentos producidos por los campesinos, servicios de transporte, fabricación y almacenaje de armamentos, contrabando del material de y hacia la zona e información sobre el tamaño y la localización de las fuerzas gubernamentales.

Otro aspecto clave del “poder de doble cara” era la organización y politización del sector políticamente “atrasado” del campesinado que, al ser incapaz de vislumbrar alternativas, permanecía en el norte de Morazán luego del éxodo masivo —de comienzos de la década de 1980— y seguía cultivando maíz, frijoles y maicillo. A mediados de los años ochenta, tanto la fuerza armada como el FMLN competían para ejercer hegemonía sobre estos grupos: los primeros a través de proyectos de la

acción cívica y de una propaganda que culpaba al FMLN de la guerra y del sufrimiento que la acompañaba; los segundos, a través de actividades realizadas por la sección de propaganda de la guerrilla y de programas políticos generados por la implementación de la estrategia de doble cara. Esta estrategia contemplaba el potencial de incorporar y “activar” estos civiles y, en el proceso, cambiar su conciencia y obtener (o profundizar) su compromiso con la revolución. Carmen Mercedes Letona lo plantea así en *El poder de doble cara*, el documento clave donde se detalla esta estrategia y la lógica que la animaba:

El interés fundamental es contar con un modelo de organización efectivo para integrar y movilizar a las masas de nuestros frentes y áreas de retaguardia a la lucha por sus reivindicaciones, para educarlas y elevar sus niveles de conciencia y sentar las bases políticas de su participación en la guerra...

En esencia, esta forma de organización es una escuela para las masas que las prepara para el futuro y las educa en nuevos valores. Ellas descubren en la práctica que el esquema de poder que promueve el FMLN es superior, porque rompe con una dominación de siglo y da al campesino humilde derecho de expresarse y decidir (FMLN, 1987, pp. 26, 33).

Notaba también que “En este proceso organizativo, no sólo se busca integrar a las masas avanzadas, sino tener capacidad para aglutinar y hacer avanzar a las masas atrasadas y neutralizar a los elementos reaccionarios” (31). En resumen, “el poder de doble cara” definía una sociología aplica-



da que tenía el objeto de incorporar, ideológica y conductualmente, a los campesinos renuentes (los "atrasados") al proceso revolucionario. Detallaba los pasos por seguir para que el Ejército Revolucionario del Pueblo fortaleciera su hegemonía al interior de la revolución.

El poder de doble cara y los límites de la fuerza

El FMLN ajustó el poder de doble cara para conformar las características del campo social local (FMLN, 1987, p. 19). En el norte de Morazán, los organizadores políticos del Ejército Revolucionario del Pueblo servían como sus "agentes de extensión", encargados de trabajar tanto con civiles como con combatientes de la guerrilla y personal de apoyo. Estos hombres y mujeres (hombres, de hecho, en su mayoría) provenían tanto del ámbito urbano intelectual (principalmente estudiantes universitarios) y del rural campesino. Funcionaban como interlocutores entre los comandantes guerrilleros de la zona y la población civil, pero servían también como agentes de control social, encargados de mantener la paz social y de controlar la desobediencia política. Así, aparte de otras obligaciones, debían investigar acusaciones de robo, violación y colaboración con las fuerzas gubernamentales. Homicidios, violaciones y traición acarrearán a menudo la pena de muerte; el robo reincidente, la prostitución y otras violaciones tipificadas por el Ejército Revolucionario del Pueblo eran castigadas con la expulsión del norte de Morazán.

Por otra parte, el terreno político cambiante junto a la carencia de tiempo, recursos y experiencia complicaba las investigaciones, lo cual llevaba tanto a civiles como a combatientes a cuestionar algunas decisiones tomadas por los comandantes de la zona (Binford, s.f., cap. 5; Garaizabal y Vásquez, 1994). Sin embargo, la mayor parte de las veces, la mayoría de civiles parece haber reco-

nocido al Ejército Revolucionario del Pueblo como la autoridad legítima en el norte de Morazán, y mucha gente buscó a los activistas políticos para resolver disputas e investigar abusos¹⁷. La mayor parte de las "leyes" del ERP eran compatibles con los códigos legales salvadoreños y la moralidad campesina. Más aún, la existencia de una noción compartida de los límites del comportamiento aceptable y la convicción de que quienes violaban esos límites debían ser castigados, proporcionaba un mínimo de estabilidad social que hacía la vida civil en una zona de guerra más predecible y, consecuentemente, más soportable.

Por otra parte, algunas personas se resistían a colaborar con la guerrilla por miedo a ser el blanco de las represalias de la fuerza armada cuando los militares penetraban la zona¹⁸. Cuando el Ejército Revolucionario del Pueblo buscaba forzar la colaboración, a través de dictados que excedían la autoridad que los residentes locales estaban dispuestos a concederles, los civiles simplemente abandonaban el área, tal como ocurrió durante la campaña de reclutamiento forzoso que el Ejército Revolucionario del Pueblo llevó a cabo, entre marzo y septiembre de 1984. Esa campaña buscaba reponer el desgaste que las fuerzas combatientes rebeldes había sufrido durante la ofensiva que, entre 1982 y 1983, había expulsado de la zona a fuerzas militares y a la defensa civil. De acuerdo con "Nassar", todos los varones entre las edades de los 12 y 30 años fueron llevados a una escuela militar, donde recibieron formación política, cultural y —para aquellos que eran concientizados— militar. Tanto "Nassar" como "Dina", una activista política del Ejército Revolucionario del Pueblo de San Salvador, evaluaron la campaña como positiva —aun cuando pocos de los que fueron reclutados de manera forzada decidieron quedarse con la guerrilla—, en cuanto a que proporcionó, a una juventud rural

-
17. Hacia el final de la guerra, el ERP cedió muchas cuestiones de control social a las organizaciones populares, como el Patronato para el Desarrollo de las Comunidades de Morazán y San Miguel (PADECOMSM) y la Asamblea del Pueblo de Morazán (APM). En abril de 1991, esta última difundió un memorándum donde exponía su posición respecto de la tala de árboles, el alcoholismo, la irresponsabilidad paterna, la planificación familiar y la reparación de carreteras, entre otros problemas. A mediados de 1992, asistí a diversas reuniones en San Fernando donde el presidente del PADECOMSM local intentó mediar en litigios de propiedad entre familias rivales.
 18. Esto notó, entre otros, "Ulises", un comandante de 26 años, entrevistado el 19 de noviembre de 1992 en el Campamento Quíncho, mientras aguardaba la desmovilización, y Pedro Rodríguez, antiguo catequista y organizador político del ERP, entrevistado el 21 de diciembre de 1992, en Perquín.

desorganizada, una visión más realista del FMLN que la propaganda difundida por el gobierno¹⁹.

Pese a estos beneficios, el reclutamiento forzoso demostró ser un desastre político y de relaciones públicas. Al igual que el reclutamiento forzoso de la juventud nicaragüense, promovido por los sandinistas durante la ofensiva de los contras, patrocinada por Estados Unidos (Lancaster, 1992), la campaña del FMLN provocó una resistencia masiva por parte de la población bajo su control. Varios millares de civiles abandonaron el norte de Morazán a fin de evitar que sus hijos fueran reclutados y, en el proceso, privaron al Ejército Revolucionario del Pueblo de una importante fuente de asistencia material y no material. Muchos de los que se quedaron se distanciaron de la guerrilla y también de la iglesia progresista, cuando se convenció a algunos catequistas guerrilleros de emplear sus influencias sobre la población para apoyar la campaña de reclutamiento (CEBES, s.f., pp. 19, 33). Más aún, la campaña se convirtió en un costo político en otro campo de poder relevante para la guerra, cuando los periódicos norteamericanos publicaron entrevistas con personas enfurecidas contra la guerrilla, que se habían refugiado en campamentos de San Miguel y de otros lugares. Algunos diplomáticos norteamericanos opinaron con entusiasmo que la campaña de reclutamiento forzoso era un signo de "que la guerrilla estaba perdiendo apoyo popular" luego de la elección de Duarte, y que "estaban teniendo mayores dificultades en llevar a cabo su campaña bélica rural" (McCarthy, 1984; Lemoyne, 1984a). De esta forma justificaban, ante el congreso de su país, mayores niveles de ayuda para el gobierno y ejército salvadoreños. A comienzos de octubre de 1984, el FMLN suspendió el reclutamiento forzoso (LeMoyne, 1984b) y se embarcó en un programa concertado tendiente a profundizar la participación civil en el esfuerzo bélico, a través de mecanismos ideológicos y políticos menos coercitivos²⁰.

Formando sujetos revolucionarios: el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y las organizaciones populares

El Ejército Revolucionario del Pueblo empleó una variedad de métodos para generar conciencia revolucionaria en los jóvenes y adultos de Morazán. Muchos niños de entre ocho y catorce años, huérfanos porque sus padres habían sido asesinados en operativos militares, pasaron muchos años en la escuela de menores, localizada por algún tiempo en Agua Blanca, un cantón del municipio de Cacaopera. Allí, con los educadores del Ejército Revolucionario del Pueblo, aprendieron a leer, a escribir, matemática y ciencias sociales, así como también recibieron una fuerte indoctrinación política. De acuerdo con un informante, la mayoría se unió a las fuerzas guerrilleras a los doce años, porque "hubo una necesidad de combatientes". Al final de su entrenamiento, los estudiantes juraban lealtad al FMLN en una ceremonia acompañada de banderas y afiches, la cual era supervisada por miembros del alto mando del ERP, como Joaquín Villalobos ("Atilio") y Jorge Meléndez ("Jonás")²¹.

Un medio importante, dirigido a la población civil dentro y fuera de la zona de guerra, era la clandestina Radio Venceremos, cuyo personal empleaba radioteatros, reportajes desde el frente, música política, entrevistas con combatientes y hasta programas diseñados y dirigidos por jóvenes para crear y fortalecer la moral revolucionaria (Henríquez Consalvi, 1992; López Vigil, 1991). Colectivos cinematográficos, como Cero a la Izquierda y, posteriormente, la Red Radio Venceremos, produjeron películas como "Carta a Morazán" y "Decisión a Vencer" (Mraz, 1982), difundidas internacionalmente, las cuales, al final de la guerra, eran mostradas en televisores que eran llevados en camiones tanto a los campamentos guerrilleros como

19. Entrevistas en Perquín con "Nassar", activista político del FMLN de 28 años, el 5 de noviembre de 1992, y con "Dina", el 8 de noviembre de 1992. Ninguno de los activistas políticos entrevistados interpretaron el reclutamiento forzoso como una respuesta que efectuaba la Fuerza Armada en el norte de Morazán y otras áreas controladas por el FMLN, que fue la explicación oficial difundida por voceros del FMLN en la prensa internacional (LeMoyne, 1984a).
20. Los periodistas norteamericanos discutieron el reclutamiento forzoso sólo en el norte de Morazán, dando la impresión de que se trataba de una iniciativa exclusiva del ERP. De hecho, el reclutamiento forzoso fue una política generalizada del FMLN, que fracasó tanto en Chalatenango y otros lugares como en Morazán (Harnecker, 1993, pp. 245-246).
21. Entrevista con Jacinto Márquez en la Ciudad Segundo Montes, el 15 de julio de 1993.

a las comunidades civiles²². Finalmente, la sección de propaganda del Ejército Revolucionario del Pueblo organizaba teatro político y danzas con música de Los Torogoces, el trío (guitarra, bajo y violín) campesino del ERP, que cantaba sobre camaradas caídos, victorias militares (la muerte de Domingo Monterrosa, en 1984; la aniquilación de una compañía del ejército en el Moscarrón, cerca de San Fernando, en 1982), amores entre combatientes y la futura sociedad que el pueblo, trabajando junto, llegaría a crear (González, 1994)²³.

Sin embargo, el trabajo de la sección de propaganda era dictado por la dinámica de la guerra y se vio paralizado cuando el ejército invadió la zona (Lievens, 1989). Entonces, la guerrilla debió remontañarse, dejando a la población civil vulnerable a las amenazas y represalias militares, situación que muchos resintieron (FMLN, 1987, p. 23). Igual importancia tuvo el hecho de que pocos de los métodos de concientización, mencionados antes, penetraron hondo en las prácticas cotidianas de los pobladores de la región, lo que dejaba el *habitus* preexistente más o menos intacto. Tal como lo entiendo, la estrategia de doble cara representó un esfuerzo por fortalecer el aspecto político, a través de la reconfiguración de las prácticas, y no tanto la difusión de mensajes —en canciones o debates— que los individuos podían tomar o dejar, según les conviniera. El Ejército Revolucionario del Pueblo buscaba un enfoque de la “teoría de la praxis”, en la creación de subjetividades revolucionarias: cambiar la situación objetiva o al menos las relaciones de la gente hacia esa situación, esperando que esto desencadenara cambios en las concepciones subjetivas.

La metodología implicaba organizar a los civiles para confrontar colectivamente la crisis económica, de salud y educación exacerbada por el bloqueo militar, que tenía como objetivo volver la vida insostenible a los pobladores para presionarlos a abandonar la región. Los activistas políticos

recurrieron a la “base de apoyo” confiable del Ejército Revolucionario del Pueblo, en cada región poblada, para formar directivas comunales con el fin de identificar problemas comunes y buscar soluciones colectivas. Por ejemplo, la preocupación de los padres de familia por la ausencia de escuelas podría ser abordada estableciendo una escuela primaria, que ocupara como personal a los miembros alfabetizados de la comunidad, quienes recibirían asistencia económica a través de donaciones dentro de la comunidad misma. Para reducir la escasez de alimentos, la comunidad haría un llamado colectivo a la Cruz Roja Internacional para una donación de fertilizantes, haciéndose cargo de su distribución la directiva comunal. A medida que el modelo evolucionó, dos conceptos le dieron orientación: democracia participativa y autogestión. Cada uno implicaba compromiso —una aceptación de más responsabilidad para la situación de cada uno y un esfuerzo activo para enfrentar y resolver las dificultades y no para quejarse de ellas.

Con el objetivo de sacar ventaja de la apertura política y de facilitar la participación de los “atrasados” políticos, quienes a veces culpaban a la guerrilla de sus males, el Ejército Revolucionario del Pueblo tomó una prudente distancia frente a las operaciones cotidianas de las directivas. En cambio, los organizadores políticos del ERP se reunieron con pequeños grupos, conformados por los civiles más comprometidos políticamente, y les urgieron a presentarse como voluntarios en posiciones directivas en las administraciones de los consejos locales. Por su parte, la iglesia progresista siguió estando muy involucrada. La siguiente declaración formula con claridad la convergencia de metas de las CEBES y la estrategia de doble cara:

Teníamos no sólo que anunciar, sino sembrar la esperanza. Era una situación bien difícil en

22. A lo largo del desarrollo del proyecto “Musco de la palabra y la imagen”, Carlos Henríquez Consalvi ha recogido un estimado de cuatro mil horas de videocasete y mil horas de film, producidos por camarógrafos del FMLN. Entrevista, 19 de junio de 1998.

23. Hacia el final de la guerra, los Torogoces eran bastante conocidos en San Salvador debido a sus muchas transmisiones musicales en la clandestina Radio Venceremos. Por algún tiempo tuvieron gran demanda y hasta grabaron algunos casetes de canciones. Dos miembros de la banda habían sido catequistas. El ERP también organizó Cutumay Camones, un grupo más profesional, que recorría Europa, Estados Unidos y grabó dos discos. Tres miembros de Los Torogoces y dos miembros de Cutumay Camones murieron en combate durante la guerra (González, 1994, pp. 74-84).

que la población estaba dividida entre sí. Era necesario un trabajo de mayor profundidad. En este contexto es que comienza a forjarse un equipo de pastoral para evangelizar y formar una conciencia más clara y cristiana en la población. *Las metas* eran claras: la constitución de la comunidad y su organización a través de organismos comunales, que desde la base pudieran animar a la población en la tarea de rehacerse (s.f. 19, subrayados en el original).



En los primeros años de la década de 1980, el comando del Ejército Revolucionario del Pueblo permitió la formación de catequistas, que trabajaron en combate, o de estructuras de apoyo, con el fin de regresar a realizar trabajo pastoral a tiempo completo con la dirección de Miguel Ventura o Rogelio Ponceele. Los sacerdotes, a través de sus sermones o visitas periódicas a las comunidades, y los catequistas, a través de las celebraciones de la palabra, de estudios bíblicos y de impartir los sacramentos, elevaban la moral de los civiles y los animaban a organizarse, celebraban sus proyectos y victorias políticas sobre el ejército y los reconfortaban en sus sufrimientos (CEBES, s.f.; López Vigil, 1987)²⁴.

El proceso democrático (nombramiento de funcionarios, voto secreto o abierto) se veía limitado por la estructura jerárquica, centrada en los activistas políticos del Ejército Revolucionario del Pueblo y sus superiores (comisiones políticas y comandantes de zona que trabajaban fuera del cuartel general de la guerrilla). Por razones de estrategia militar, este ejército simplemente no podía permitir fuentes verdaderamente autónomas de poder civil. La elección de una persona no comprometida con el proceso revolucionario, de una persona que sembrara el disenso entre la población

civil o que careciera de la fortaleza física y mental para soportar la presión del ejército, habría tenido consecuencias desastrosas para civiles y “compas” por igual. Dada la situación, no era sino inevitable que una organización civil independiente estuviera seriamente limitada por las exigencias del conflicto. En 1991, siete años después de que el modelo fuera puesto en práctica por vez primera, un documento interno de este ejército afirmaba que “[e]n la zona de control existe sólo una tendencia política: el partido revolucionario. La población civil es la base social del partido y las organizaciones sociales o *gremios* son órganos de poder con atribuciones del estado” (FMLN, Pleno de Comité Regional Nororiental, 1991).

Pese a sus límites en cuestiones democráticas, la política de doble cara tuvo un éxito estratégico en el norte de Morazán y en otras áreas del oriente de El Salvador (por ejemplo, en el sur de Usulután y el norte de San Miguel), donde este ejército guerrillero estaba activo. A partir de 1984, cuando los activistas políticos y sus colaboradores civiles promovieron los primeros consejos locales, el número de grupos y el nivel de coordinación entre ellos

24. La relación entre la Iglesia y la población civil no estuvo exenta de contradicciones. La Iglesia estaba cerca del comando del ERP. Aunque dispensados de combatir, los catequistas, en su mayoría hombres, llevaban armas para su protección y esto los alejó de algunos fieles. Finalmente, algunos comandantes de bajo rango convenían en algunas ocasiones para usar su influencia con los civiles para reclutarlos para tareas militares. Esto generó una confusión considerable entre mucha gente y sirvió a la propaganda de la Fuerza Armada que arremetía en contra de “los curas guerrilleros” y amenazaba con castigar a aquellos que asistían a servicios o actividades organizados por los sacerdotes o sus catequistas (Entrevista con Miguel Ventura, 2 de julio de 1993, San Salvador; CEBES, s.f.).

creció de manera constante. En 1988, el proceso culminó en la creación del Patronato de Desarrollo de las Comunidades de Morazán y San Miguel (PADECOMSM), compuesto por cincuenta y cinco consejos locales coordinados desde oficinas situadas en Perquín, Morazán (PADECOMSM 1988)²⁵.

La asistencia financiera y el apoyo político obtenido por los consejos de grupos internacionales de la Iglesia, organismos de solidaridad y organismos no-gubernamentales contribuyó a su crecimiento y consolidación. La ayuda humanitaria y para el desarrollo pagaba proyectos que aliviaban algunos de los peores efectos de la crisis económica, provocada por la guerra, y demostraba ser un importante atractivo para los habitantes de la zona, que hasta entonces no estaban organizados. Además, el apoyo ideológico y político internacional reducía el sentimiento de aislamiento y elevaba la moral, especialmente la de aquellos habitantes que habían tenido que enfrentar los maltratos de soldados que irrespetaban su condición de civiles.

La primera fisura en el bloqueo militar se abrió en 1987, cuando la Congregación de Madres Cristianas, un grupo ecuménico conectado con el CEBES, hizo una manifestación frente al Cuarto Regimiento Militar, en San Francisco Gotera, y obligó al coronel Vargas a permitir el paso de varios cargamentos de alimentos donados por la oficina del arzobispado de San Salvador. Al año siguiente, la Cruz Roja Internacional donó varios cientos de costales de fertilizante a consejos comunales locales, a lo que siguió luego una donación de lámina para tejados de Oxfam-UK. En el verano de 1988, la primera delegación extranjera desafió el acoso militar y los retenes para visitar organizaciones civiles, en Perquín, reduciendo aún más el aislamiento de la zona²⁶. En junio de 1991, cuando comencé a realizar la investigación de campo en la

zona, el PADECOMSM operaba en su oficina de Perquín, en la casa abandonada de Hildebrando Umaña, el propietario adinerado de una gran finca de café y de un beneficio que abandonara la población al estallar la guerra. Donantes internacionales contribuían con cientos de miles de dólares en distintos proyectos, tales como escuelas y grupos de alfabetización; puestos y centros de salud; créditos para el cultivo de maíz, caña de azúcar y otros productos agrícolas; capacitación de líderes campesinos; etc. Con la formación, en 1991, de una Asamblea del Pueblo de Morazán (APM, compuesta por representantes del PADECOMSM, de la ciudad Segundo Montes, CEBES y el Movimiento Comunal de Mujeres, MCM) y la distribución de un panfleto anónimo (redactado, en realidad, por estrategias del Ejército Revolucionario del Pueblo) donde se describía un modelo de desarrollo alternativo para la región (Anónimo, 1991), el norte de Morazán presentaba la imagen de un estado embrionario con un rudimentario aparato estatal y una singular economía política.

A lo largo del período, el ejército salvadoreño se refería a las organizaciones populares del norte de Morazán como “fachadas” del FMLN y sostenía que los alimentos, las medicinas, los fertilizantes y otros materiales supuestamente destinados para uso civil, estaban siendo desviados para los campamentos, los hospitales y las fábricas de armamentos de la guerrilla. En consecuencia, hasta la firma de los acuerdos de paz, el 16 de enero de 1992²⁷, el ejército destruía cosechas y equipo, retenía alimentos y materiales, y capturaba e interrogaba —a menudo mediante torturas— a los residentes del área. Los grupos religiosos, las organizaciones de solidaridad y no gubernamentales, tanto europeas como norteamericanas, activas en el norte de Morazán, formaron una red internacional de apoyo, que neutralizaba los esfuerzos de los

25. En 1984, los consejos se formaban a menudo clandestinamente. Un año después, cinco consejos de los alrededores de Perquín se unieron para formar el Patronato de Desarrollo de las Comunidades de Perquín. Estos fueron algunos pasos en la ruta para establecer el PADECOMSM, en 1988. Aparte de ochenta y cuatro consejos locales en Morazán, el PADECOMSM representaba siete consejos de la zona adyacente del norte de San Miguel, otra zona bajo el control del ERP.

26. Una excelente cronología de estos acontecimientos, expresada en el lenguaje de la teología de la liberación, puede encontrarse en “Dios en Morazán” (CEBES, s.f.).

27. En un corto período luego del anuncio público de su formación en abril de 1988, cada uno de los treinta y tres miembros de la junta directiva del PADECOMSM fue capturado por el ejército salvadoreño y llevado al cuartel del Cuarto Destacamento Militar en San Francisco Gotera, donde fueron interrogados y, en algunos casos, torturados.

gobiernos norteamericano y salvadoreño por desacreditar a los civiles residentes en las zonas conflictivas. Con regularidad inundaban con cartas, telegramas y faxes las oficinas de los políticos de su circunscripción y de funcionarios salvadoreños, en protesta por las violaciones a los derechos humanos cometidas por la Fuerza Armada salvadoreña. Este movimiento sacaba partido de las violaciones a las leyes internacionales, cometidas por funcionarios de las administraciones Reagan y Bush, de los testimonios de miles de refugiados salvadoreños sobre el impacto humano de la ayuda militar y del miedo que el público y las élites estadounidenses tenían de involucrarse en otra situación similar a la de Vietnam. Los movimientos norteamericanos en favor de la paz en Centroamérica explotaron estas oportunidades en el campo de la lucha política, obligando a la administración a gastar grandes cantidades de capital político por mantener la política intervencionista en El Salvador y otros países (Christian, 1996, pp. 87-132).

Finalmente, es importante notar que el Ejército Revolucionario del Pueblo extendió el modelo del PADECOMSM a la mayor parte del oriente del país, entre 1990 y 1991, a través de la formación de tres grupos regionales más y la creación de una organización matriz llamada el Patronato para el Desarrollo de El Salvador (PADECOES), la cual tenía un presupuesto de casi dos millones de dólares y, en junio de 1991, una oficina en San Salvador, que mantenía contacto regular con la prensa nacional e internacional, los organismos no gubernamentales y los grupos de solidaridad internacional²⁸.

El apoyo ideológico y político internacional reducía el sentimiento de aislamiento y elevaba la moral, especialmente la de aquellos habitantes que habían tenido que enfrentar los maltratos de soldados que irrespetaban su condición de civiles.

Hegemonía dentro del Ejército Revolucionario del Pueblo

En su empeño por ejercer (o profundizar) la hegemonía sobre la población civil del norte de Morazán, el liderazgo de este ejército guerrillero no podía descuidar a sus propios combatientes y al personal de apoyo, muchos de los cuales se habían alistado en la guerrilla para vengar las masacres del ejército o para evitar ser asesinados. Probablemente ningún acontecimiento contribuyó tanto a hacer crecer los contingentes de dicho ejército, como la masacre de más de un millar de hombres, mujeres y niños, perpetrada entre el 11 y el 13 de diciembre de 1981 por el Batallón Atlacatl, que había sido entrenado en Estados Unidos (Danner, 1994; Binford, 1997).

A medida que la guerra se extendió, numerosos huérfanos e hijos de combatientes también se unieron al ejército guerrillero. Muchos de los primeros alistados en los comités militares habían desarrollado su conciencia social en las Comunidades Eclesiales de Base, pero otros más, quizá la mayoría, tenían sólo una noción vaga de la historia salvadoreña, del análisis que el Ejército Revolucionario del Pueblo hacía de esta

y de la visión de sociedad futura que proponía el FMLN²⁹. Esta masa potencialmente volátil tuvo que aprender a adaptarse a la disciplina militar y a la cadena vertical de mando, tanto antes, durante y después del combate. En consecuencia, la comandancia central del ejército guerrillero se preocupó en formar y politizar estos "activos de fuerza", con el objetivo de asegurar su

-
28. Aparte de la PADECOMSM, las otras organizaciones agrupadas bajo el PADECOES incluían: CODELUM, fundada en 1990, que organizaba La Unión y el sur de Morazán; COMUS, fundada el 2 de junio de 1990, que operaba en el norte de Usulután; COSDECSAN, fundada el 29 de junio de 1991, concentrada en el norte de San Miguel; y CODEMI, que organizaba a los residentes de Cacahuatique y estaba todavía en proceso de formación al finalizar la guerra. No obstante, el PADECOMSM se llevaba la mayor parte del presupuesto del PADECOES y le proporcionaba sus más experimentados administradores.
29. Entrevista con Samuel Vidal Guzmán, el 2 de octubre de 1995, y discusiones rápidas con otros ex combatientes. Otro documento interno del FMLN, titulado "Sobre el trabajo urbano", mencionaba las dificultades que la juventud urbana tenía al incorporarse a la guerrilla rural: "tienen una visión romántica del proceso que los lleva a establecer relaciones morales y paternalistas con los militantes rurales..." (FMLN, 1991a).

activa obediencia a las órdenes militares y para asegurar que estos “compas” trataran a la población civil con el respeto debido.

Al principio de la guerra civil, los comandantes rebeldes destacaron cuadros políticos para que trabajaran en los campamentos en los intervalos entre las incursiones del ejército y las ofensivas rebeldes (Binford, s.f., Cap. 5). Cuando el FMLN rediseñó su estrategia militar, hacia mediados de la década de 1980 —dividiendo los contingentes de mayor tamaño en unidades pequeñas y extendiendo la guerra a zonas que hasta entonces no eran conflictivas—, se exigió a todos los combatientes del ejército guerrillero asistir a la escuela política de dicho ejército, instalada en el pueblo abandonado de Jocoaitique, donde cada uno debía asimilar fundamentos de educación política y habilidades para organizar a la población civil (Lievens, 1989, pp. 139-142, 151-153).

Clave para la disciplina interna eran los “15 principios del combatiente guerrillero”, que todo combatiente debía memorizar. Estos principios describían el alcoholismo, las drogas y el robo como “vicios practicados y fomentados por los ricos” (FMLN, 1986, p. 9); reclamaban respeto hacia los enemigos capturados, porque “no somos un ejército vengador, somos el ejército constructor del futuro de los pobres” (15); y fomentaban el respeto mutuo entre jefes y combatientes (22). Aunque los principios afirmaban que “nuestra incorporación es voluntaria; también es voluntaria la aceptación de las normas disciplinarias y los deberes que cada uno debemos cumplir como revolucionarios” (22), también sostenían que “[t]oda nuestra actividad está orientada por una ideología y un partido revolucionario. Aceptaremos su conducción y nos comenetraremos de su pensamiento” (25). Un panfleto sin fechar (probablemente de 1990 ó 1991) de la escuela revolucionaria del Ejército Revolucionario del Pueblo, la Escuela Revolucionaria Comandante Lilian Mercedes Letona, reforzaba este punto. Si bien distinguía entre “disciplina militar burguesa” y “disciplina militar revolucionaria”, también afirmaba que la disciplina revolucionaria “es vertical” y que cada unidad es encabezada por un oficial de campo que toma las decisiones: “La disciplina militar parte del principio de que las órdenes no se discuten, asegurando que los planes y decisiones del mando se ejecutarán en la práctica sin vacilaciones de una manera energética, que permita a todos los hombres compor-

tarse como un solo cuerpo dirigido por una sola cabeza quien es el jefe” (FMLN, s.f.b).

Sin embargo, para mis propósitos es más importante el octavo de los quince principios, el cual tiene que ver con las relaciones de los combatientes y los civiles: “Debemos ser amigos del pueblo, conocer a fondo sus problemas, orientarlo e incorporarlo a la lucha en todas partes. Así haremos de nuestra patria un inmenso mar de guerrillas y pueblo organizado”. Una formulación aún más clara de esta política aparece en la página 13 de un memorándum del FMLN, fechado en 1991. El documento afirma que los miembros del END (Ejército Nacional Democrático, nombre adoptado por las fuerzas armadas del FMLN, a partir de 1990) deben conducirse ante la población y entre ellos mismos de manera cortés y respetar las pertenencias de los demás. La conducta contraria es caracterizada como propia del enemigo:

En general, podemos decir que todo comportamiento o actitud desviada de nuestros principios y valores revolucionarios de cara a algún compañero nuestro, daña nuestro prestigio e imagen como revolucionarios, pero mayormente daña este prestigio y esta imagen a nuestro Ejército Revolucionario y al FMLN, cuando estos incorrectos comportamientos o actitudes desviadas las asumimos de cara a la población civil (FMLN, 1991b).

Este mensaje era repetido en toda ocasión posible: durante la formación política, en los discursos de los comandantes de alto rango y en los artículos y relatos de *El Combatiente*, un boletín de noticias e información del FMLN ampliamente distribuido, que presentaba mensajes revolucionarios en lenguaje sencillo y a través de historietas ilustradas que retomaban el lenguaje y las costumbres campesinas.

Sin embargo, pese a los orígenes campesinos de la mayoría de los combatientes, el mensaje no siempre caló. Las tropas rebeldes en ocasiones maltrataban a los civiles: perpetraban amenazas, robaban dinero y propiedad o cometían violaciones. Si eran descubiertos, por obra de la casualidad o como resultado de quejas presentadas por los civiles a organizadores políticos o comandantes del FMLN, los acusados eran investigados y castigados severamente si se les consideraba culpables (Binford, s.f., Cap. 5). Por ejemplo, Karen Lievens, periodista belga que trabajó con el Ejér-

cito Revolucionario del Pueblo por tres años, a partir de noviembre de 1983, reportó la expulsión del organizador político "Alfredo", quien consumía alcohol (prohibido en las zonas bajo control guerrillero), exigía comida a los campesinos sin pagarla y acosaba a las mujeres en las comunidades donde trabajaba (1989, p. 130). De inmediato, el FMLN simplemente no podía tolerar esas faltas que, de haber quedado impunes, habrían minado sus esfuerzos por presentar al ejército popular

como cualitativamente superior a las brutales fuerzas armadas. En este sentido, el control —cuando no hegemonía— sobre las fuerzas de combate y de apoyo desempeñaron una función crucial en la estrategia de doble cara³⁰. Cuando los abusos no eran descubiertos o debidamente castigados por falta de supervisión, o porque quienes los perpetraban estaban arriba en la línea de mando, los efectos eran desastrosos para las relaciones entre el FMLN y los civiles³¹.

30. Sin duda, la más seria ofensa, generalmente castigada con la pena de muerte si el sujeto era capturado, era la traición. Aun cuando pertenecieran a los bajos rangos, los traidores eran fuentes de información invaluable del terreno social y geográfico de la lucha que, de caer en manos de la Fuerza Armada, acarrearían consecuencias desastrosas, tanto para las fuerzas rebeldes como para sus colaboradores civiles. Un miembro del grupo musical Los Torogoces, que colaboraba con los militares, luego de su captura (y casi segura tortura) fue aprehendido, juzgado y ejecutado por el ERP cuando cometió el error de visitar sin acompañantes la ciudad Segundo Montes, en los últimos años de la guerra (González, 1994, pp. 80-82). En el norte de Morazán, ambos bandos sostenían una propaganda constante de guerra a través de transmisiones radiales y pintas en las paredes. La Fuerza Armada ofrecía dinero y prometía inmunidad a los combatientes que se rindieran y entregaran sus armas. La propaganda de los militares insistía en las difíciles condiciones de vida de los combatientes y aseguraba que el liderazgo del FMLN se enriquecía a costas de quienes lo apoyaban. Por su parte, las pintas del FMLN se centraban en la identidad de clase compartida con sus "hermanos soldados", en que los guerrilleros combatían por una causa y no por un "salario miserable", y urgían a los soldados a desertar y regresar a sus hogares para no morir en una guerra que beneficiaba a los ricos. La propaganda bélica era otro aspecto de la pugna por la hegemonía durante la guerra.
31. Por ejemplo, un organizador político del ERP que trabajaba en Joateca, a finales de la década de 1970, participó en el ataque, robo y hasta asesinato de campesinos locales. Más tarde, a comienzos de la década de 1980, la renuencia de los civiles del área a responder a las demandas del ERP llevó a otro activista mexicano, de origen urbano y relativamente insensible a la cultura rural salvadoreña, a expulsar varias familias del norte de Morazán, luego de acusarlas de simpatizar con el gobierno. También exacerbó las tensiones un enfrentamiento, en 1982, entre las fuerzas de la defensa civil de Joateca, organizadas por la Guardia Nacional para proteger a la comunidad de los "guerrilleros comunistas", y una fuerza de incursión del ERP, que liquidó a todos los integrantes de este cuerpo, negándose a tomar prisioneros. De acuerdo con informantes (cuyas aseveraciones fueron respaldadas por testimonios recogidos por la Comisión de Derechos Humanos Segundo Montes), la defensa civil de Joateca había asesinado a innumerables hombres, mujeres y niños inocentes en los años precedentes, algunos de los cuales eran parientes de la unidad del ERP que había tomado la población (Binford, s.f., Cap. 6 más entrevistas). Sin embargo, esta venganza violaba el sexto principio del código de combate (FMLN, 1986, pp. 15-16) por no mencionar los convenios sobre derechos humanos. Como consecuencia de este y otros errores, el FMLN nunca ganó mayor respaldo en Joateca. Durante las elecciones municipales y legislativas de 1994, el FMLN obtuvo apenas un cuarto lugar en este municipio, el peor resultado del norte de Morazán. En 1997, ni el FMLN ni el PD, formado en 1995 por líderes del ERP y la RN, presentaron candidatos.

Sin embargo, nada de lo ocurrido en el norte de Morazán se compara con la masacre de entre treinta y cuarenta jóvenes reclutas del FMLN, ordenada por un comandante de las FPL que operaba en el volcán de San Vicente, quien los acusó de ser infiltrados de las Fuerzas Armadas. Los jóvenes habían sido enviados a San Vicente de un campo de refugiados en San Antonio, Honduras. Luego de esta tragedia, los refugiados de San Antonio pasaron de las FPL al PRTC, organización con la que se siguieron identificando cuando fueron repatriados desde Honduras a Nuevo Gualcho, Usulután, a comienzos de 1990. Luego del fin de la guerra, los líderes de las FPL, temiendo un revés propagandístico, continuaron encubriendo el suceso y se negaron incluso a ayudar a los familiares a localizar y rescatar los restos. (El autor visitó Nuevo Gualcho, en octubre de 1994, y discutió

Mujeres y hegemonía en el norte de Morazán

Si bien es cierto que el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos del FMLN dedicaron un considerable esfuerzo en engendrar el “marco común material y de sentido” que Roseberry considera el eje de la hegemonía, sus esfuerzos en alterar las ideologías de género, previas a la guerra, fueron débiles y de limitado alcance. Aunque la propaganda del FMLN destacaba la igualdad en la vida de la organización y especialmente en los campamentos (Alegria y Flakoll, 1983; Duntley Matos, 1994, pp. 21, 61; Reif, 1986, pp. 160-161; Pearce, 1986, p. 274; Mraz, 1982, p. 39), una larga brecha separaba las palabras de las acciones³². Los científicos sociales han observado consistentemente que hasta un 30 por ciento de la fuerza guerrillera (entre personal combatiente y de apoyo, que no siempre están claramente diferenciados en la guerra de guerrillas) estaba compuesto por mujeres, casi seguramente el porcentaje más alto en la historia de América Latina (Vásquez, 1997, p. 2). Aunque combatían y algunas de ellas alcanzaban posiciones de alto rango y considerable responsabilidad, la mayoría “gravitaba” en las áreas de apoyo, trabajando como radiooperado-

ras, cocineras, brigadistas de salud y en ocupaciones tradicionalmente femeninas (secretaria, trabajadora doméstica, enfermera) (Rivera *et al.*, 1995, pp. 119-120)³³. Lievens (1989, pp. 124-125) refiere un experimento en el cual hombres y mujeres intercambiaron tareas por un corto tiempo —las mujeres combatían y los hombres hacían tortillas— y da cuenta de su participación en una Escuela para Mujeres, pensada para proporcionar a éstas “una formación cultural, política y militar”, y al terminar podían elegir en qué área trabajarían. Y concluye que “todo el mundo coincidía en que las mujeres eran seres iguales con plenos derechos”, pero “el paso siguiente: que las mujeres pudieran desempeñar las mismas tareas que los hombres, resultaba ser mucho más difícil” (Lievens, 1989, p. 125; c.f. Duntley Matos, 1994, pp. 28-30, 62-66). Por otro lado, donde las mujeres mostraban su capacidad para realizar determinadas tareas, se ganaban el respeto de los hombres (Duntley Matos, 1994, p. 30; Rivera *et al.*, 1995, p. 178).

En general, el liderazgo del Ejército Revolucionario del Pueblo mostraba poco interés en alte-

el caso con el periodista Tom Gibb, quien había reunido una considerable cantidad de información sobre el comandante de las FPL que ordenó la masacre. Estaba preparando un libro sobre la guerra civil y el control de información).

Como estos pocos ejemplos lo indican, hubo abusos por parte de la guerrilla y la memoria histórica demanda que sean discutidos abiertamente, al igual que aquellos cometidos por las Fuerzas Armadas. Tal como lo anotó Mauricio Chávez, antiguo comandante de las FPL, en un entrevista: “todos los que hemos participado en la guerra sabemos demasiado bien que no podemos tomar posiciones de superioridad moral sobre nadie porque una guerra es una experiencia cruenta en la cual uno no puede salir con las manos limpias a menos que no haga nada” (Binford, 1998). Pese a las afirmaciones de Wickham-Crowley (1991, p. 50), cerca de “varios miles de ejecuciones reconocidas de civiles”, he encontrado que, en conjunto, las políticas y acciones del FMLN tendieron a dar mucho apoyo a los civiles y a ser respetuosas de las costumbres y creencias locales. Y no hay términos de comparación entre los casos de abuso antes mencionados y el continuo maltrato de los no-combatientes por parte de las Fuerzas Armadas. Después de la guerra, la Comisión de la Verdad, auspiciada por Naciones Unidas, atribuyó un 95 por ciento de los 6 000 casos de violaciones a los derechos humanos investigadas al ejército salvadoreño (85 por ciento) o a los grupos paramilitares de derechas (10 por ciento), y sólo un 5 por ciento al FMLN (Naciones Unidas, 1993).

32. De hecho, una entrevistada, con considerable experiencia sobre la vida en los campamentos, afirmó repetidas veces que en las fuerzas guerrilleras, las mujeres eran iguales sólo porque morían tanto como los hombres.
33. A mediados de la década de 1980, cuando el FMLN cambió su estrategia, toda estructura (salud, propaganda, etc.) tenía que ser liviana y móvil y proveerse su propia seguridad, “cada compa tendría que ser capaz de defenderse militarmente” (Lievens, 1989, pp. 140-141). Sin embargo, el porcentaje desproporcionadamente alto de mujeres en el sector de apoyo de bajo rango tuvo implicaciones al finalizar de guerra, cuando los guerrilleros de mayor rango gozaron de mejores condiciones de reinserción (Vásquez, 1997, p. 9; Vásquez *et al.*, 1996, p. 220). Es importante notar que los autores del estudio más completo acerca de las mujeres, en las zonas de guerra, proporciona evidencia sobre el hecho de que los campamentos guerrilleros se volvieron más igualitarios cuando debieron ser reducidos de tamaño para responder al cambio de estrategia de pequeñas unidades, a mediados de la década de 1980 (Vásquez *et al.*, 1996, p. 111).

rar las ideologías de género, aunque sí estaba considerablemente preocupado en reclutar mujeres para desarrollar el proyecto revolucionario. Las mujeres campesinas salvadoreñas, educadas bajo un régimen relativamente rígido, que separaba las esferas masculinas de las femeninas, fueron blanco fácil. Los comandantes hombres, que eran los más, recurrían a creencias firmemente arraigadas para controlar el trabajo y la sexualidad femenina, vinculando las órdenes a las necesidades de la lucha revolucionaria y dejando las cuestiones de igualdad de género para un remoto futuro socialista, que vendría luego de la victoria final. A veces a las mujeres, que eran menos numerosas, se les instaba a ser generosas en compartir su sexualidad con el más nutrido contingente masculino. No obstante, a medida que el número de mujeres iba en aumento, se les presionaba a mantener una pareja estable para contrarrestar la imagen de promiscuidad que los campamentos guerrilleros estaban teniendo entre los padres de familia campesinos (Binford, s.f., Cap. 5; Duntley Matos, 1994, pp. 27-31; Vásquez, 1997, pp. 7-8). Los comandantes del Ejército Revolucionario del Pueblo responsabilizaban a las mujeres —nunca a los hombres— del control natal y a veces las presionaban a abortar para mantenerse activas en la lucha (Duntley Matos, 1994, pp. 28, 31, 160; Rivera *et al.*, 1995, pp. 231-232; Vásquez *et al.*, 1996, pp. 191-192, 199). Las comandantes, cuya extracción era prácticamente en su totalidad urbana, simpatizaban a veces con sus hermanas, pero muchas mantenían sus posiciones comportándose de acuerdo con parámetros masculinos, y muy pocas veces intervenían de manera activa a favor de los derechos de la mujer al interior del partido. Por carecer de formas de apoyo institucional, la resis-

tencia femenina a las órdenes que entraban en conflicto con sus creencias religiosas y culturales más sentidas, era individual e implicaba retirarse temporal y hasta permanentemente de la lucha³⁴.

Aparte del arraigado sexismo de muchos de los comandantes (y combatientes) hombres, los líderes del Ejército Revolucionario del Pueblo no mostraron voluntad para formular, y mucho menos hacer valer, políticas que contradijeran las creencias preexistentes sobre el género entre la vasta mayoría de sus afiliados y partidarios, tanto hombres como mujeres, porque, a mi parecer, temían que la discusión pública sobre cuestiones relativas a la sexualidad y el género pudiera generar disenso interno, bajar la moral masculina y también afectar la determinación para combatir. Para estos comandantes, en su mayoría hombres, cuestionar el machismo en sus formas más virulentas simplemente les parecía una cuestión demasiado conflictiva³⁵. Era mucho más fácil utilizar la hegemonía masculina de antes de la guerra para adaptar al personal existente a las necesidades tácticas y estratégicas.

Por otra parte, era difícil, acaso imposible, disociar las cuestiones de estrategia militar —las que implicaban maniobrar dentro de un campo social particular— de las personales. Algunos hombres rebeldes —y los casos no parecen ser aislados— acusados, después de la guerra, de ser notorios mujeriegos, escogían a las mujeres jóvenes y atractivas para que trabajaran como radiooperadoras y transferían a sus novios a frentes distantes y, ocasionalmente incluso, los enviaban a misiones peligrosas para “eliminar” así la competencia³⁶. Pese a todo esto, la concientización política de las mujeres, el aprovechar oportunidades antes inaccesibles en distintas áreas (salud, educación y logística), la autoestima

34. Muchas mujeres del ERP que quedaron embarazadas durante la guerra dieron a luz en el campamento de refugiados de Colomoncagua, hasta la repatriación de 1989. La resistencia se manifestó, de hecho, en algo más que escapar a un escenario social más seguro. Una francotiradora, apodada “Matacuilios” por haber matado supuestamente a siete soldados enemigos en un mismo día, resistió rehusándose a acompañar a otro combatiente para demostrar que no necesitaba de hombre alguno.
35. Mi uso del término “machismo” no pretende referirse a una ideología única, ampliamente difundida en América Latina y El Salvador, sino a un conjunto disperso de ideas y conductas que sustentan la dominación masculina. Para una excelente discusión de los problemas que implica el uso no matizado del término, ver Guttman (1996).
36. Más corrientemente, asegura una informante mujer, los combatientes hombres se referían a las recién llegadas al campamento como “culos”. Cuando la competencia masculina por atraer la atención femenina se iba de control, los comandantes generalmente tomaban el camino de menor resistencia y retiraban a la mujer, reasignándola a otro frente de guerra. López Vigil (1991) discute los celos y los malos sentimientos que se desarrollaban entre los miembros hombres del colectivo de Radio Venceremos, que se disputaban los afectos de “Mariposa”, a quien la comandancia eventualmente sacó de la escena.

generada en combate y la igualdad existente en muchas áreas de la vida guerrillera, repercutieron en el desarrollo de un movimiento feminista progresista después de la firma de los acuerdos de paz.

Pese a lo compleja y contradictoria de la situación de las militantes mujeres del Ejército Revolucionario del Pueblo y de otros grupos del FMLN, estaban probablemente mejor, en su conjunto, que las mujeres que permanecieron en zonas bajo control rebelde, como el norte de Morazán, que no se incorporaron a las filas guerrilleras. Duntley Matos (1994) nos proporciona un material detallado, donde demuestra la manipulación del Movimiento Comunal de las Mujeres (DCM) por parte del Ejército Revolucionario del Pueblo, para desviar a la causa bélica los fondos destinados a la promoción femenina. A veces, a los administradores del MCM ni siquiera se les informaba de los proyectos, elaborados en San Salvador por organismos no gubernamentales vinculados a dicho ejército guerrillero, por los que visiblemente recibían fondos de organismos internacionales³⁷.

Aparte de su función económica, las organizaciones de mujeres campesinas desempeñaron una función clave al protestar contra los abusos de los derechos humanos cometidos por el gobierno y para buscar la solidaridad y el apoyo internacional, desde el rol visiblemente neutro de hija, esposa, madre o abuela. En la segunda mitad de la década de 1980, las mujeres estaban a la cabeza en las manifestaciones contra los militares. Entre otras acciones, las mujeres organizadas del norte de Morazán aseguraron la devolución de comida y material embargado por el jefe del Cuarto Destacamento Militar, rechazaron los esfuerzos del Batallón Arce para expulsarlas de Nahuaterique, en 1985, lograron que los militares respetaran un proyecto de crianza de pollos en

En general, el liderazgo del Ejército Revolucionario del Pueblo mostraba poco interés en alterar las ideologías de género, aunque sí estaba considerablemente preocupado en reclutar mujeres para desarrollar el proyecto revolucionario.

El Zancudo, luego de protestas organizadas frente al cuartel de la Tercera Brigada de Infantería en San Miguel, y marcharon para exigir la libertad de los líderes de PADECOMSM, capturados en 1988 (CEBES, s. f., pp. 36-43). Al igual que las más conocidas COMADRES, con sede en San Salvador, las Madres de la Plaza de Mayo, de Argentina, o el GAM y CONAVIGUA, de Guatemala, las mujeres de la Congregación de Madres Cristianas, el Movimiento Comunal de las Mujeres y, después de 1989, las mujeres de la Ciudad Segundo Montes, sufrieron amenazas, intimidaciones, capturas y torturas por parte de soldados y miembros del gobierno que las acusaban de ser "masas" del FMLN (Cooper, 1988, p. 98).

Finalmente, el liderazgo mayoritariamente masculino del PADECOMSM usó, a menudo, la presencia de otras organizaciones femeninas, en el norte de Morazán, como excusa para minimizar la discusión sobre cuestiones de género dentro de la organización, la cual acaparaba la mayor parte de los fondos externos en los últimos años de la década de 1980 y en el período de posguerra, y tenía una considerable

influencia política en la zona. Poco después de que la Congregación de Madres Cristianas, ecuménica y compuesta sólo de mujeres, lideró la organización popular en la zona, se formaron los consejos para el desarrollo local en Perquín y áreas circundantes. De acuerdo con un informante, en 1985, las dos organizaciones estaban completamente segregadas. Los consejos para el desarrollo local estaban compuestos en su totalidad por hombres, quienes, a su vez, eran en gran parte esposos de los miembros de la Congregación de Madres Cristianas³⁸. Ya en 1991, el PADECOMSM se había vuelto una organización regional, cuyo presupuesto ascendía a cientos de miles de dólares, pero contaba con una sola mujer entre los treinta y un miembros

37. En un caso citado por Duntley Matos y discutido extensamente en el área circundante a Perquín, el MCM se dio cuenta que había presentado un proyecto sólo cuando los fundadores solicitaron un reporte final sobre el uso de los fondos.

38. Entrevista con Lola Carrillo, 11 de diciembre de 1992, en Perquín.

de su junta directiva³⁹. A menudo, los administradores del PADECOMSM ni siquiera avisaban a la sede de MCM, situada a unos cientos de metros de las oficinas de PADECOMSM, de la inminente llegada de delegaciones europeas o de representantes de organismos no gubernamentales europeos o norteamericanos. Cuando las mujeres planteaban sus quejas sobre la discriminación por parte de los hombres, eran recriminadas por la línea oficial del partido, a menudo transmitida por mujeres que fungían como organizadoras políticas. El Ejército Revolucionario del Pueblo quitó a los individuos más recalcitrantes de las posiciones de liderazgo y los reemplazó con mujeres más tratables, cuyos maridos trabajaban en el PADECOMSM. Si bien la frecuente acusación de que las mujeres carecían de las habilidades técnicas y organizacionales para administrar proyectos tenía fundamento, ni PADECOMSM ni el Ejército Revolucionario del Pueblo hicieron mucho para superar esa situación.



Doble cara y hegemonía guerrillera

En el norte de Morazán, la estrategia de doble cara logró muchas de sus metas estratégicas. Desde su creación en 1984, los consejos locales crecieron rápidamente en tamaño, número y nivel de coordinación. Atrajeron la participación de mucha gente, antes no comprometida, y profundizaron el compromiso de los simpatizantes civiles del Ejército Revolucionario del Pueblo que ya existían. El modelo de consejo animó a la gente a tomar medidas concretas para resolver sus problemas, proporcionó un marco a través del cual las organizaciones pudieron canalizar

la asistencia humanitaria con alguna garantía de que llegaría a sus destinatarios y presentó una imagen pública de neutralidad política, que facilitó la incorporación de los políticamente "atrasados", gente a la que el ERP tenía interés de llegar. Cuando el ejército invadía la zona y capturaba alfabetizadores, promotores de salud y otros, o bien quemaba plantíos, confiscaba medicinas y destruía equipo de procesamiento de azúcar, contribuía a acercar a muchos civiles al bando del FMLN. Por otra parte, si la Fuerza Armada no hubiese actuado, los consejos se habrían desarrollado a un paso mucho más acelerado, erosionando así todavía más la posición del ejército en el campo político-militar del norte de Morazán.

El Ejército Revolucionario del Pueblo obtuvo beneficios tangibles en el proceso. Las organizaciones populares destinaron al esfuerzo bélico de dicho ejército revolucionario un estimado del veinte por ciento de cada donación, a veces con el conocimiento de los donantes⁴⁰.

La hegemonía del FMLN se benefició de las respuestas coyunturales ante las situaciones de extrema presión social.

La apertura de la zona al tráfico regular, luego del restablecimiento del servicio de autobuses, y la construcción, en 1990, de un puente temporal sobre

39. Entrevista con Kathleen Lynch, el 16 de julio de 1991, Perquín. Con mayor frecuencia, Roif (1986, p. 161) notó una división de trabajo parecida en el FMLN/FDR: "Mientras el FMLN/FDR tácitamente apoyaba cuestiones de la mujer y alentaba que las mujeres compartieran tareas y liderazgo con los hombres, no parecía tener una agenda explícitamente feminista, dejando esos problemas a los grupos de mujeres afiliados a la organización".

40. La figura general es la de discusiones con varios líderes civiles; puede haber sido de mayor o menor nivel, dependiendo de las necesidades financieras del FMLN y de las habilidades negociadoras de los civiles. Los intentos del ERP de continuar extrayendo su cuota luego de la firma de los acuerdos de paz, causó problemas tanto con los fundadores, quienes demandaron mayores niveles de responsabilidad de las organizaciones civiles, como con muchos de sus receptores, quienes sintieron que las reglas del juego habían cambiado y que el ERP debía ver a sus simpatizantes internacionales para encontrar financiamiento de postguerra.

el río Torola facilitaron considerablemente el paso clandestino de dinero, material y personas de y desde el norte de Morazán. Cuando 9 500 refugiados regresaron del campamento mantenido por Naciones Unidas, en Colomoncagua, Honduras, entre noviembre de 1989 y marzo de 1990, y fundaron la ciudad Segundo Montes, en colinas situadas estratégicamente arriba del Torola, la guerrilla ganó todavía más recursos materiales, apoyo político y fuentes de inteligencia. Asimismo, tuvo a su disposición una base mayor de reclutamiento y renovó el contacto con los familiares de muchos combatientes, quienes habían permanecido exiliados por nueve años, en Honduras⁴¹.

Esto nos lleva una vez más al problema de la lucha por la hegemonía en el campo social del norte de Morazán. ¿Hasta qué punto fueron el PADECOMSM y otras organizaciones regionales meras fachadas del Ejército Revolucionario del Pueblo? ¿Cuándo y de qué manera ejerció poder sobre ellas dicho ejército? ¿Y hasta dónde podemos afirmar que ese control sobre las organizaciones civiles implicó hegemonía sobre las bases? Abordaremos cada cuestión por separado.

En primer lugar, en los intervalos entre cada incursión del ejército salvadoreño, el Ejército Revolucionario del Pueblo funcionó como la autoridad política dominante en el norte de Morazán, en virtud de su monopolio sobre el uso de la fuerza. Mucha de la actividad pública requería del permiso explícito o tácito de funcionarios rebeldes. Más allá de esto, hemos visto que este ejército guerrillero creó un modelo de organización y asignó ac-

tivistas políticos para que trabajaran con los civiles, con el objeto de implementarlo. Con ciertas limitaciones, el liderazgo rebelde promovió la democracia participativa como medio para proporcionar un espacio para la autodeterminación civil y la autogestión con el fin de involucrar no-combatientes en prácticas colectivas, que los beneficiaran materialmente y los transformaran desde el punto de vista ideológico. A medida que los acontecimientos evolucionaron, el Ejército Revolucionario del Pueblo acomodó la organización civil a los requerimientos estratégicos del esfuerzo bélico. Por ejemplo, cada una de las cinco subzonas geográficas del PADECOMSM correspondía, precisamente, a una de las cinco subzonas militares en que el ejército guerrillero había dividido el norte de Morazán, mientras que las cinco organizaciones bajo el manto de PADECOES, estaban distribuidas entre las cinco zonas estratégicas que componían el Frente Oriental Francisco Sánchez⁴². El Ejército Revolucionario del Pueblo controlaba el proceso de elección para garantizar que los puestos importantes fueran detentados por miembros que salieran de sus bases de apoyo, en quienes se pudiese contar para llevar a cabo las políticas diseñadas por los estrategas políticos rebeldes. De esta manera, la guerrilla colonizó la cúspide de mando de la organización civil en el norte de Morazán, diseñó estrategia y tácticas y aconsejó, alentó y legitimó a los administradores civiles⁴³.

Por otra parte, existió un grado substancial de autonomía a nivel local, lugar de la mayor actividad. Allí era donde las mujeres mezclaban la leche en

41. Durante la guerra, el campo de refugiados de Colomoncagua desempeñó funciones de comunidad clandestina satélite de la guerrilla, de extensión en Honduras del campo social del norte de Morazán. Muchos antiguos guerrilleros del ERP sostuvieron que, sin los recursos humanos y materiales proporcionados por los refugiados de Colomoncagua, su organización habría tenido graves dificultades para mantener un alto nivel de actividad militar. Pese a su obvia importancia, la importancia estratégica de Colomoncagua excede los intereses del presente trabajo.
42. Entrevista con "Dina", 5 de diciembre de 1992, en Perquín. Entrevista con "Carlos", julio de 1992, San Salvador. Parece claro que el éxito del modelo de consejos en la retaguardia del norte de Morazán animó al ERP a extenderlo a otras áreas donde el control cotidiano rebelde estaba menos asegurado.
43. No quiero sugerir que los miembros civiles del PADECOMSM y otras organizaciones civiles fueran meros títeres, carentes de iniciativa individual o de poder de decisión. Administradores empíricos, con pocos años de escolaridad, llegaron a desarrollar impresionantes habilidades en planificación, logística, solución de conflictos y relaciones públicas, las que les han sido útiles en la posguerra en empresas individuales, administraciones municipales y organismos no gubernamentales, a parte de las organizaciones populares en que algunos continúan trabajando. Así, otro producto de la organización popular durante la guerra fue el desarrollo de cuadros locales de administradores, técnicos y burócratas, generalmente progresistas y con raíces entre los campesinos y jornaleros.

polvo con el azúcar, en el programa “Pan y leche” concebido para proporcionar a los niños de las escuelas un suplemento nutricional dos veces a la semana; voluntarios colaboraban en la reparación de edificios bombardeados para instalar puestos de salud rudimentarios y miembros de la comunidad trabajaban juntos para organizar las zafras y la producción de azúcar. Al realizar estas actividades, los campesinos de Morazán se organizaban localmente, analizaban problemas de forma colectiva y ellos mismos encontraban las soluciones. Ni el Ejército Revolucionario del Pueblo ni el PADECOMSM tenían la voluntad y el personal para supervisar cada paso en este proceso.

La *profundidad* de la hegemonía del Ejército Revolucionario del Pueblo sobre los participantes, en los programas de las organizaciones populares, es una cuestión diferente y difícil. Muchas personas, quizá la mayoría, fueron atraídas por los grupos civiles ante el prospecto de aliviar las necesidades apremiantes de comida, medicina y escolaridad. Sin embargo, los acontecimientos demostraron que una vez que los programas ofrecieron beneficios tangibles, los participantes se mostraron dispuestos a defenderlos de los ataques del gobierno. En varias ocasiones, los civiles viajaron, a veces a pie, al Cuarto Destacamento Militar de San Francisco Gotera para demandar la libertad de líderes capturados y la devolución de alimentos y materiales donados por las agencias humanitarias y de desarrollo, que habían sido embargados. Hacia el final de la guerra, también se demandó la investigación de las masacres perpetradas por los militares a comienzos de la década de 1980 (Binford, 1997, p. 206; CEBES, s. f., p. 28). Estas protestas colectivas, en las cuales los involucrados se colocaban en grave peligro, se contaron entre los logros más importantes de la organización civil, ya que proporcionaron evidencia concreta de que los pobres al trabajar juntos, podían obtener concesiones de los militares. En el proceso, el Ejército Revolucionario del Pueblo profundizó y amplió su liderazgo moral e intelectual en el norte de Morazán. El enorme esfuerzo que la

Fuerza Armada hizo para destruir la organización popular, evidencia también los altos niveles de preocupación sobre los costos políticos (y militares) que el gobierno estaba sufriendo.

Sin embargo, la hegemonía del FMLN se benefició de las respuestas coyunturales ante las situaciones de extrema presión social. Las motivaciones de muchos participantes siguieron teniendo un carácter instrumental, y sólo experimentaron cambios menores a nivel de conciencia política, aun cuando para algunos estas nuevas prácticas contribuyeran al desarrollo de un “marco común material y de sentido”, condición *sine qua non* de toda hegemonía (Roseberry, 1994, pp. 360-361). El que este marco emergente nunca se consolidara en una nueva “estructura de sentimiento” (Williams, 1977, p. 132) se debió, en mucho, a la corta duración (ocho años) y el limitado alcance del experimento de doble cara, que no alcanzó a revertir los sistemas culturales regionales firmemente arraigados, que se basaban en el individualismo y en el control autoritario.

Bourdieu (1990a, p. 60) ha notado que el *habitus* puede cambiar, especialmente en circunstancias extremas; pero los patrones así formados pueden ser de limitada utilidad al cambiar de nuevo las condiciones. Sin embargo, las historias internalizadas “son modificadas por las nuevas experiencias dentro de los límites definidos por su poder de selección...”, el cual “conlleva una integración única, dominada por las experiencias más tempranas, de las experiencias estadísticamente comunes para los miembros de la misma clase”. Aunque la guerra demandó respuestas novedosas (ante situaciones novedosas), en especial en las áreas de acción colectiva, mucho del éxito del FMLN en cuanto a la organización de civiles, en tiempos de guerra, puede atribuirse al hecho de que promovió soluciones viables ante necesidades prácticas, a partir de muchas de las “disposiciones perdurables” (*habitus*) formadas en el contexto de las desigualdades sociales anteriores a la guerra⁴⁴. Al terminar la guerra y cesar las presiones “exter-

El sexismo, el paternalismo
y el verticalismo estaban inscritos
en las estructuras en las que el Ejército
Revolucionario del Pueblo buscaba
incorporar a los civiles y ganar
hegemonía sobre sus acciones.

44. Wickham-Crowley (1991, p. 33) contrasta la “autoridad depredadora”, basada principalmente en la violencia, con la “autoridad racional”, basada en el intercambio. El ejercicio de la autoridad racional, la base de la

nas” que esta imponía, muchos de los habitantes del norte de Morazán privilegiaron de nuevo su patrimonio por encima de la producción colectiva y la actividad individual por encima de la comunal⁴⁵. El verticalismo y autoritarismo practicados por el Ejército Revolucionario del Pueblo durante la guerra —resultado, en parte, de los *habitus* prebélicos del liderazgo rebelde— contribuyeron, sin duda, al proceso de desmovilización al restringir el espacio político dentro del cual las organiza-

ciones relativamente autónomas habrían proliferado. Pero dadas las condiciones y lo que estaba en juego, era difícil imaginar que las cosas hubieran sido distintas. Así como el ejército guerrillero impuso límites a la iniciativa de los civiles, también esta organización estaba sujeta a las reglas amorfas, pero bastante reales, del juego de la guerra, que imponían límites a su capacidad de maniobra estratégica en un campo militar de poder, donde su control cotidiano era constantemente desafiado

legitimidad, requiere que los gobiernos defiendan a la población civil, mantengan la paz interna y el orden y contribuyan a la seguridad material, todos estos aspectos de un contrato social panhistórico y pancultural. Wickham-Crowley simplemente da por sentado que las relaciones de intercambio son asimétricas y favorecen materialmente a las clases dominantes. Su examen de la autoridad legítima e ilegítima presume actores racionales que conocen sus intereses y están desprovistos de presupuestos ideológicos. Sin embargo, nunca se pregunta por qué los obreros y campesinos se muestran tan dispuestos a dar mucho más de lo que reciben. Wickham-Crowley (1991, pp. 38-44) señala a continuación que donde el estado se vuelve depredador o viola los términos del “contrato social implícito”, los ciudadanos pueden favorecer a los revolucionarios, especialmente si son capaces de proporcionarles defensa, seguridad interna y recursos para su bienestar material. Sin lugar a dudas, el cálculo racional funcionaba en el norte de Morazán, pero los términos en que los actores participaban de esos cálculos eran productos históricos de —entre otras cosas— la lucha política, un aspecto que Bourdieu y Roseberry dejan claro. Centrando el análisis de las relaciones entre la guerrilla y los civiles en un hipotético “contrato social”, no elimina la necesidad de sujetar los términos del contrato a un examen histórico y cultural crítico para la cual el concepto de hegemonía resulta bastante útil. Finalmente, proponer un contrato social uniforme simplifica demasiado una situación social compleja, en la cual los civiles colaboraban con las fuerzas guerrilleras por una gran variedad de razones distintas.

45. El ritmo lento del programa de tierras y la escasez de fondos disponibles para la reinserción de los combatientes en la vida civil, por no hablar de la insignificante ayuda proporcionada a los civiles, también afectó la credibilidad del ERP entre sus simpatizantes durante la guerra. A esto debe añadirse la salida del FMLN, su incorporación en el Partido Demócrata y el acelerado vuelco de este partido hacia la derecha. Aún así, el FMLN, cuando todavía no se había escendido el ERP, ganó cinco de las ocho alcaldías municipales en las elecciones de 1994, celebradas más de dos años después del fin del conflicto. En marzo de 1995, el ERP (y la RN) abandonó el FMLN para formar el Partido Demócrata, y en junio traicionaron los intereses de los pobres del norte de Morazán al votar con ARENA para aumentar el regresivo impuesto del valor agregado (IVA) del 10 al 13 por ciento. La separación del FMLN y su giro conservador exacerbó las divisiones políticas en la izquierda del norte de Morazán. En las elecciones municipales de 1997, el FMLN sólo retuvo dos de estas municipalidades (Meanguera y Jocaitique), mientras que el Partido Demócrata sólo ganó en Villa El Rosario. A nivel nacional, el Partido Demócrata sólo obtuvo 13 533 votos, apenas el 1.2 por ciento de 1 119 603 votos emitidos. Habría perdido su inscripción como partido por haber obtenido menos del 3 por ciento de las votaciones, pero lo salvaron los 39 838 votos (3.55 por ciento del total) ganados por los candidatos de la coalición PD-PDC. Es probable que el Partido Demócrata haya experimentado un voto de castigo por revelar públicamente y, en detalle, en las vísperas de las elecciones, supuestas violaciones de los derechos humanos cometidas por las FPL, el PRTC y el PC (Partido Demócrata, 1997). En junio de 1998, muchos antiguos simpatizantes habían abandonado el partido, cuya supervivencia ha quedado así en entredicho. Finalmente, es importante notar que muchos jóvenes se criaron en Colomoncagua, donde todo el trabajo era colectivo y la economía monetaria inexistente (Este campo de refugiados se sostenía gracias a donativos de Naciones Unidas y de una serie de organismos no gubernamentales). Desde el regreso de los refugiados, desde noviembre de 1989 hasta marzo de 1990, para formar la ciudad Segundo Montes, estos jóvenes han luchado sin éxito por preservar los rasgos colectivos del tejido social en que crecieron. La intensidad y densidad de las relaciones sociales en Colomoncagua lo convirtió en un escenario mucho más proclive a inculcar un conjunto diferente de “disposiciones perdurables” que las áreas bajo control guerrillero en el norte de Morazán.

por un Estado represivo, apoyado por la principal potencia mundial imperialista.

En las guerras civiles se juega, en el mejor de los casos, la oportunidad de abrir un espacio político para el desarrollo de alternativas a las relaciones sociales capitalistas; no resolver las contradicciones que las provocaron, aun cuando el descalabro del mercado capitalista, la huida de los terratenientes y la eliminación de la mayor parte de los signos del aparato estatal proporcionen un campo fértil para la experimentación social, como ocurrió en el campo de refugiados de Colomoncagua (Cagan y Cagan, 1991) y, en menor grado, en el norte de Morazán (Macdonald y Gatehouse, 1995; Thompson, 1995). Al igual que muchos de los “sectores políticamente atrasados” discutidos por Carmen Mercedes Letona, muchos revolucionarios estaban imbuidos de mentalidades, ideologías y metas —en suma, “disposiciones perdurables” o *habitus*, en términos de Bourdieu— engendradas en las condiciones prebélicas contra las que ellos luchaban. Así, el sexismo, el paternalismo y el verticalismo estaban inscritos en las estructuras en las que el Ejército Revolucionario del Pueblo buscaba incorporar a los civiles y ganar hegemonía sobre sus acciones. Debemos criticar estas limitaciones y la represión que sufrieran —por parte de los rebeldes— aquellos que buscaban alternativas,

pero también es importante reconocer el hecho de que los rebeldes se desempeñaban en situaciones en que cualquier error de cálculo estratégico o error táctico, tenía a menudo consecuencias fatales para los combatientes, simpatizantes civiles y, posiblemente, para el movimiento revolucionario mismo.

Esto significa, por supuesto, que en el mejor de los escenarios, es decir, si la izquierda hubiese tomado el poder u obtenido una cuota significativa del mismo, el fin del conflicto militar formal habría abierto nuevas luchas sobre la organización de la sociedad presente (y futura). Sin duda, las organizaciones populares formadas en medio de la guerra deben asumir una función importante en este proceso. Pero en muchos casos, de los cuales El Salvador es uno de ellos, estas organizaciones deben disputar espacio político a sus antiguos aliados guerrilleros, quienes exigen “disciplina partidaria” e intentan extender formas verticales y patriarcales de autoridad ante las situaciones de posguerra; en especial, cuando su esfuerzo por ampliar la base electoral mediante la atracción de sectores medios y de la burguesía nacional, los vuelve reacios a satisfacer la exigencia popular de distribuir mejor la riqueza (Petras 1997)⁴⁶. A nivel nacional, esto es precisamente lo que ha ocurrido en el caso de algunas organizaciones de mujeres,

46. De acuerdo con Petras, el FMLN “es, en gran parte, un partido de ex combatientes de clase media baja arribista, encaminado a encontrar un nicho en la sociedad y en los intersticios de la economía ‘neoliberal’. En buena parte, el FMLN mira políticamente hacia el centro con la esperanza de establecer alianzas, sociales y políticas, con la burguesía nacional... El FMLN ha incrementado su posición electoral y su influencia en el gobierno nacional y local. Sin embargo, el avance de su ‘estrategia capitalista’ diluye de manera creciente su programa de bienestar social: el partido de la social democracia se parece cada vez más a un partido social liberal” (1997, pp. 43, 46). El análisis de Petras, aunque no sin aciertos, simplifica sobremedida la situación. Por algún tiempo, el FMLN ha estado internamente dividido entre lo que algunos denominan “progresistas” o “renovadores”, liderados por el recién elegido secretario general del partido, Facundo Guardado, y los “ortodoxos”, presididos por el anterior secretario, Salvador Sánchez Cerén (Lindo, 1998; CIDAI, 1998). Esta división se hizo pública, recientemente, cuando miembros de la “línea ortodoxa” argumentaron en un documento anónimo la necesidad de regresar a los valores socialistas que dieron su orientación histórica a la organización (Anónimo, 1998). El Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) de la UCA sostiene que los problemas ideológicos de la izquierda derivan de su fracaso para renovar su liderazgo, es decir, para “retirar” a algunos de los comandantes de los tiempos de guerra, que dominan actualmente las cúpulas del partido, y reemplazarlos con gente más joven: “En el fondo, hay en el FMLN un problema de ajuste de cuentas con los valores y compromisos que se abanderaron en el pasado. Hasta ahora, el Frente no se ha sometido a un esfuerzo responsable de autoevaluación que, seguramente, le ayudaría a replantear no sólo sus principios más queridos, sino a ponderar la capacidad real de sus actuales líderes para llevar adelante la necesaria refundación institucional... No cabe duda de que es urgente para el partido de izquierda dar inicio a un proceso de renovación de sus cuadros dirigentes, lo cual supone, en muchos casos, su reemplazo por cuadros más jóvenes y menos aferrados a inmovilismos ideológicos y políticos” (1998, p. 3).

cuyas militantes están frustradas por la incapacidad del FMLN, en tiempos de paz, de incluir las demandas femeninas en su plataforma política (Herrera, 1997; Vásquez, 1997; Murguialday, 1997), y entre las organizaciones populares que encuentran insatisfactorias para sus necesidades la “estrategia capitalista”, los pactos y la retórica del consenso del FMLN (Petras, 1997, pp. 46, 51).

David Stoll pintó un cuadro en que los civiles guatemaltecos aparecían atrapados por una lucha cruenta “entre dos ejércitos”, como víctimas inocentes de la represión militar acarreada por un presencia guerrillera jamás solicitada. He tratado de argumentar que, al menos en el caso de Morazán, la guerrilla del FMLN y el ejército salvadoreño se disputaron, de hecho, la simpatía y el apoyo de la población civil, pero también he subrayado que esta lucha se dio en un campo de poder que no había sido elegido por la guerrilla. Sin la negación de la democracia y la supresión de los movimientos de masas por el cambio social en El Salvador —y la historia de tal negación y supresión es una muy larga—, la izquierda armada o bien no se habría desarrollado o no habría ganado el apoyo que tuvo. Ello es cierto tanto para Guatemala como para El Salvador. A medida que el campo militar fue asumiendo un rol de creciente importancia en el conflicto social, el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos que componían el FMLN buscaron, de forma muy natural, encauzar todo los recursos materiales y no materiales (“capital”, para usar la terminología de Bourdieu) para derrotar las fuerzas gubernamentales apoyadas por Estados Unidos, cuya posición dominante les permitía dictar las reglas de la lucha que regían en el campo. Los recursos en potencia del ERP incluían el apoyo de la población civil del norte de Morazán, que las guerrillas intentaron ampliar y profundizar a través de la estrategia de doble cara. Poner atención a la dimensión histórica del conflicto y a la inserción de los campos sociales locales en campos más amplios, nos permite superar el tono moralizante de los análisis de Stoll. El análisis histórico y etnográfico de campos sociales múltiples e inclusivos nos lleva a

concluir que en conflictos cívico-militares, los civiles nunca son completamente víctimas “inocentes” ni las fuerzas rebeldes actores totalmente “libres”, como Stoll parece presumir. Las prácticas de civiles, guerrilleros izquierdistas y fuerzas militares gubernamentales están constreñidas, sin estar completamente determinadas, por disposiciones perdurables (“historia hecha carne”), así como por las exigencias de sus posiciones en los campos de poder contemporáneos⁴⁷.

Bibliografía

- Alegría, Claribel y Darwin Flakoll. *No me agarran viva*. México, Siglo Veintiuno, 1983.
- Anónimo. “Sobre el rumbo actual del FMLN”. San Salvador, Mimeografiado, 1998.
- Anónimo. “Plan alternativo de Morazán”. Perquín, Mimeografiado, 1991.
- Baloyra, Enrique. *El Salvador in Transition*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982.
- Binford, Leigh. “Recuperando el pasado para informar al presente: El Centro de Paz (CEPAZ)”. Entrevista inédita con Mauricio Chávez y Henrietta Shannon, San Salvador, 1998.
- Binford, Leigh. *El Mozote: vidas y memorias*. San Salvador, UCA Editores, 1997.
- Binford, Leigh. “Fabio’s Story: Peasant Intellectuals and the Limist of Testimonio”. Manuscrito inédito, s.f.
- Bourdieu, Pierre. *The Logic of Practice*. Palo Alto, Stanford University Press, 1990a.
- Bourdieu, Pierre. *In Other Words: Essays Towards a Reflexive Sociology*. Palo Alto, Stanford University Press, 1990b.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción*. Madrid, Taurus Humanidades, 1988.
- Bourdieu, Pierre. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- Browning, David. *El Salvador: Landscape and Society*. Oxford: Clarendon, 1971.
- Byrne, Hugh. *El Salvador’s Civil War: a Study of Revolution*. Boulder, Lynne Rienner, 1996.
- Cabarrús, Carlos Rafael. *Génesis de una revolución: análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*. México, Ediciones de Casa Chata, 1983.

47. Aunque Stoll culpa a los guerrilleros del EGP de ser los causantes de las represalias militares entre campesinos ajenos al conflicto, nunca llega a explicar por qué la respuesta de las fuerzas armadas fue tan indiscriminada y cruel. De acuerdo con el análisis del autor de la masacre del Mozote (Binford, 1996, pp. 37-47), elaboró un intento, a todas luces incompleto, de abordar la cuestión de las fuerzas represivas militares, donde incorporó tanto dimensiones nacionales como internacionales.

- Cagan, Beth y Cagan, Steve. *This Promised Land*. New Brunswick. Rutgers University Press, 1991.
- CEBES. "Dios en Morazán: experiencias pastorales en las zonas liberadas de El Salvador". Mimeografiado, s.f.
- Centros Rurales de la Iglesia en El Salvador. "Conozcamos nuestra patria". Mimeografiado, 1974.
- CIDAI (Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación). "La de nunca acabar en el FMLN", *Proceso* 807, mayo, 1998, pp. 2-3.
- Cooper, Marc. "Spring Training with the Morazanians Reds". *The Progressive*, 94-100, junio, 1988.
- Danner, Mark. *The El Mozote Massacre: a Parable of the Cold War*. New York: Vintage, 1994.
- Duntley Matos, Roxanna. *Representations, Power and Contradictions: the Women's Communal Movement in Northern Morazán, El Salvador*. M. A. Tesis. Departamento de Antropología, Michigan State University, 1994.
- El Salvador Ministerio de Economía. *Cuarto censo nacional de población*. San Salvador, Dirección Nacional de Estadística y Censos, 1974.
- Free, Anthony. "The Anthropology of Pierre Bourdieu: A Reconsideration", *Critique of Anthropology* 16 (4):395-416.
- FMLN. "Sobre el trabajo urbano". Morazán, mimeografiado, 1991a.
- FMLN. "Normas de conducta para mandos y combatientes del END". Morazán, mimeografiado, 1991b.
- FMLN. *El poder popular de doble cara*. El Salvador, publicaciones FMLN, 1987.
- FMLN. "15 principios del combatiente guerrillero". Morazán, mimeografiado, 1986.
- FMLN. "Guerra revolucionaria del pueblo". Mimeografiado, s.f.a.
- FMLN. "Disciplina militar revolucionaria". Panfleto inédito de la Escuela Revolucionaria, Comandante Lilian Mercedes Letona, s.f.b.
- FMLN. Pleno de Comité Regional Nororiental 1991 "Partido, poder y democracia en el actual período en la construcción del partido de masas". Morazán, documento inédito, 1991.
- Garaizábal, Cristina y Vásquez, Norma. *El dolor invisible: una experiencia de grupos de auto-apoyo*. Madrid, Talasa Ediciones, 1994.
- González, Iván. *Las guitarras del fuego de ayer: los Torogoces de Morazán*. San Salvador, Arcoiris, 1994.
- Guevara, Che. *Guerrilla Warfare*. New York, Vintage, 1968 (1961).
- Guttman, Mathew. *The Meanings of Macho*. Berkeley, University of California Press, 1996.
- Harnecker, Marta. *Con la mirada en alto: historia de las FPL a través de sus líderes*. San Salvador, UCA Editores, 1993.
- Henríquez Consalvi, Carlos. *La terquedad del izote*. México, Diana, 1991.
- Herman, Edward y Broadhead, Frank. *Demonstration Elections: U.S.-Staged Elections in the Dominican Republic, Vietnam and El Salvador*. Boston, Southend, 1984.
- Herrera, Morena Soledad. "Movimiento de mujeres en El Salvador", comunicación presentada en el encuentro de LASA (Latin American Studies Association), Guadalajara, México, 17-19 de abril.
- Hipster, Patty. "The Micromobilization of the Feminist Movement in Democratizing El Salvador". Comunicación presentada en el encuentro de LASA (Latin American Studies Association), Guadalajara, México, 17-19 de abril de 1997.
- Lancaster, Roger. *Life is Hard*. Berkeley, University of California Press, 1992.
- Lemoyné, James. "Salvador Rebels Begin to Conscript Civilians". *New York Times*, julio, 1984, p. A3.
- Lemoyné, James. "Salvadoran Rebels Say Forced Recruiting is Over", *New York Times*, Sección A, parte 1, octubre, 1984, p. 13.
- Lievens, Karen. *El quinto piso de la alegría: tres años con la guerrilla*. Ediciones Sistema Radio Vencrecmos, 1989.
- Lindo, Róger. "La reinención del FMLN". *Tendencias* 68, febrero-marzo, 1987, pp. 21-23.
- López Vigil, María. *Muerte y vida en Morazán: testimonio de un sacerdote*. San Salvador, UCA Editores, 1987.
- Macdonald, Mandy y Gatehouse, Mike. *In the Mountains of Morazán: Portrait of a Returned Refugee Community*. Londres, Latin America Bureau, 1975.
- MacLean, John. *Prolonging the Agony: the Human Cost of Low Intensity Warfare in El Salvador*. Londres, El Salvador Committee for Human Rights, 1987.
- Mallon, Florencia. *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley, University of California Press, 1995.
- Manwering, Max G. y Prisk, Court. *El Salvador at War: an Oral History*. Washington, National Defense University Press, 1988.
- McCarthy, Robert J. "Rebels Use Harsher Methods; Guerrillas Recruit Youths by Force in Salvadoran Towns". *Washington Post Foreign Service*, junio, 1984, p. A1.
- Medrano, Juan Ramón y Raudales, Walter. *Ni militar ni sacerdote (de seudónimo Balta)*. San Salvador, Arcoiris, 1985.

- Mintz, Sidney W. *Sweetness and Power*. Nueva York, Viking Penguin Inc., 1985.
- Mraz, John. "Interview with Lucio Lleras: Decision to Win, 'Like those Who Cut Cane or Plant Corn'". *Jumpcut* 27, 1982, pp. 37-39.
- Murguialday, Clara. "Mujeres, ciudadanía y transición democrática en El Salvador de postguerra". *Estudios Centroamericanos* 581-582, 1997, pp. 281-296.
- Naciones Unidas. *De la locura a la esperanza*. San Salvador, 1993.
- PADECOMSM. "Acta de constitución del Patronato para el Desarrollo de las Comunidades de Morazán y San Miguel". Mimeografiado, abril, 1988.
- Paige, Jeffrey. *Agraria Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. Nueva York, The Free Press, 1975.
- Partido Demócrata. "Por qué Joaquín Villalobos, Ana Guadalupe Martínez, Eduardo Sancho y otros dejamos el FMLN y nos unimos al Partido Demócrata". *ECA* 581-582, marzo-abril, 1997, pp. 332-337.
- Pearce, Jenny. *Promised Land: Peasant Rebellion in Chaltenango, El Salvador*. Londres, Latin America Bureau, 1986.
- Peterson, Anna L. *Martirdom and the Politics of Religion: Progressive Catholicism in El Salvador's Civil War*. Albany, SUNY Press, 1996.
- Petras, James. "El Salvador Elections: Polarization in the Post-peace Accord Period". *Z Magazine* 10 (7/8), 1997, pp. 42-52.
- Reif, Linda. "Women in Latin American Guerrilla Movements: A Comparative Perspective". *Comparative Politics*, enero, 1986, pp. 147-169.
- Richard, Pablo y Meléndez, Guillermo. *La iglesia de los pobres en América Central: un análisis socio-político y teológico de la iglesia centroamericana (1960-1982)*. San José, Costa Rica, Departamento Ecueménico de Investigaciones, 1982.
- Rivera, Ana Kelly; López Cañas, Edy Arelí; Domínguez Magaña, Lisa y Navas, María Candelaria. *¿Valió la pena?! Testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*. San Salvador, Editorial Sombrero Azul, 1995.
- Roseberry, William. "Hegemony and the Language of Contention". En Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation*, Durham, Duke University Press, 1994, pp. 355-366.
- Schwarz, Benjamin. *American Counterinsurgency Doctrine and El Salvador: the Frustrations of Reform and the Illusions of Nation Building*. Rand Corporation, 1991.
- Smith, Christian. *Resisting Reagan: the U.S. Central America Peace Movement*. Chicago: University of Chicago Press, 1996.
- Stoll, David. *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. Berkeley, University of California Press, 1992.
- Thompson, Martha. "Repopulated Communities in El Salvador". En Minor Sinclair (ed.), *The New Politics of Survival*, Nueva York, Monthly Review, 1995, pp. 109-151.
- Vásquez, Norma. "Vivencias de ex-guerrilleras salvadoreñas en la posguerra". Comunicación presentada en el encuentro de LASA (Latin American Studies Association), Guadalajara, México, 17-19 de abril de 1997.
- Vásquez, Norma; Ibáñez, Cristina y Murguialday, Clara. *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. Madrid, Hora y Horas, 1996.
- Villalobos, Joaquín. "El estado actual de la guerra y sus perspectivas". *Estudios Centroamericanos* 449, marzo, 1986, pp. 169-204.
- Waller, Michael J. *The Third Current of the Revolution: Inside the "North American Front" of El Salvador's Guerrilla War*. Lanham, Maryland, University Press of America, 1987.
- Wickham-Crowley, Timothy. *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*. Princeton, Princeton University Press, 1992.
- Wickham-Crowley, Timothy. "The Rise and Sometimes Fall of Guerrilla Governments in Latin America". En *Exploring Revolution: Essays on Latin American Insurgency and Revolutionary Theory*. Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe Inc., 1991, pp. 30-60.
- Wickham-Crowley, Timothy. "Understanding Failed Revolution in El Salvador: A Comparative Analysis of Regime Types and Social Structures". En *Politics and Society* 17(4), 1989, pp. 511-537.
- Williams, Raymond. *Marxism and Literature*. Oxford, Oxford University Press, 1977.
- Williams, Robert G. *Export Agriculture and the Crisis in Central America*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986.
- Willis, Paul. *Learning to Labour*. Nueva York, Columbia University Press, 1977.
- Wolf, Eric. *Europe and the People Without History*. Berkeley, University of California Press, 1982.
- Wolf, Eric. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York, Harper and Row, 1969.